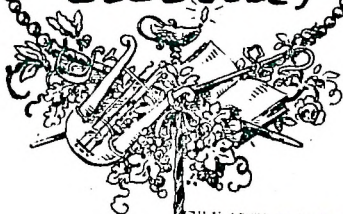


Dora Barnas de Saue

*La
Sonata*

*del
Ansia
eterna*



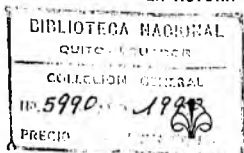
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

Quito 1943

DORA BARNAS DE SAUER

LA SONATA DEL ANSIA ETERNA

TRADUCIDO DEL
ALEMAN
POR
LA AUTORA



0001281 - J.

IMPRENTA GUTENBERG
QUITO 1943

Me es grato cumplir con el deber de agradecer
al Señor General Don Luis Telmo Paz y Miño por su
eficaz ayuda en la versión de este libro al castellano.

LA AUTORA.

Homenaje de la autora

Dña Barnas de San

Carlos Barnas de San

El dibujo de la portada se debe a la mano artís-
tica del Señor Carlos Barnas.

INTRODUCCION

Dora Barnas de Sauer se presenta por primera vez al público latinoamericano, con una de sus obras literarias, después de haber publicado algunas en Alemania, como «El Libro de los Espejos» (Cuentos), «As de Corazones» (Cuentos), «En el Umbral» (Novela) y otras. Con esta oportunidad, me pidió que introdujera su trabajo en el nuevo ambiente. Generalmente, una obra literaria o artística debe recomendarse por sí misma, si bien las introducciones y comentarios se estilan en las publicaciones latinoamericanas. Pero toda regla tiene su excepción, y el caso del libro que Dora Barnas de Sauer va a publicar es una de ellas, por varias razones. La autora no es latinoamericana sino nacida en Alemania. Rindió el examen de bibliotecaria en Berlín, pero no tuvo oportunidad de ejercer su profesión, porque se casó a los 22 años. Su estudio preferido ha sido la Historia de la Cultura. El marido, ahora profesor de Geología en la Universidad Central de Quito, era en aquel entonces gerente

de las minas del Estado de la provincia de Hessen, y por haber introducido importantes reformas relativas al ramo, fué llamado por el Gobierno Soviético a Rusia, para prestar sus servicios científicos en su especialidad y, con el debido permiso del Gobierno Alemán, se fué con su esposa a Rusia para colaborar allá con científicos y técnicos norteamericanos, ingleses, franceses y de todo el mundo en la reconstrucción del país durante dos años. Después, a su regreso, fué tratado por el nuevo Gobierno Alemán de tal manera, que prefirió buscar otro lugar de trabajo, en el Ecuador hospitalario.

No vale la pena hacer un análisis profundo de la diferencia del trabajo de un autor alemán y un creador latinoamericano: la diferencia de ambientes, la diferencia de idiomas y los diversos conceptos de la vida, condicionan las variadas maneras de crear obras literarias o artísticas. Pero no se debe *desconocer* la posibilidad de que el público europeo tenga bastante inteligencia para comprender y gozar de una obra latinoamericana, y viceversa el público latinoamericano una obra francesa, alemana o de cualquiera otra nación europea. Abundan los ejemplos: En el Nuevo Continente, se aprecian las obras del europeo Stefan Zweig; y, entre otras, se ha traducido la novela de Eustacio Rivera «La Vorágine», al alemán, inglés, etc. Las raíces de las creaciones son siempre las mismas, pero difieren las flores y los frutos. Además, aún dentro de la creación litera-

ria, la manera de escribir de Dora Barnas de Sauer, tiene sus particularidades: su obra no descubre fácilmente todos sus secretos y características.

La técnica de que la autora se sirve en este libro, para exteriorizar sus ideas, sentimientos y conceptos, es la del *cuento breve* proyectado a una esfera fantástica. El cuento breve es un ramo de la bella literatura que no cuenta con muchos cultores en Latinoamérica, en donde se cultiva, de preferencia, la novela mas o menos extensa, pero siempre novela, especie de obras amplias. El *cuento breve* camina por otros senderos: no le gusta hacer largas descripciones de las acciones, caracteres, paisajes, costumbres o épocas, sino que se afana por «decir mucho en pocas palabras»; no quiere iluminar todo el ambiente elegido, sino captar con relámpagos partes destacadas... dejando al lector el completamiento de la impresión con ideas, sentimientos y conceptos propios. Esta técnica de comparaciones, imágenes, etc., se llama PARS PRO TOTO, la parte por el todo. Esta técnica corresponde, muchas veces, al principio fundamental del arte pictórico, caracterizado por el gran pintor Max Liebermann: «El Arte es.... omitir». Comprender con un grano de sal ... espiritual.

El creador de este estilo de la bella literatura, el *cuento breve*, forma parte del grupo de los inmortales: Giovanni Boccaccio, el mismo que escribió el cuento en el que un *halcón*

tiene el papel principal. Un caballero rico ama a una dama, ésta ni le rechaza ni le acepta. El caballero despilfarra toda su fortuna agasajando a su adorada, de manera que no se queda más que con su *halcón de caza*. Para ofrendar su último bien a la dama, el caballero mata al halcón y lo entrega para que lo preparen y lo sirvan en la mesa a ella. Durante la comida, la dama pregunta al enamorado caballero sobre su halcón de caza, conociendo su apego por su ave cazadora, y el caballero, indicando el plato en que se encuentra su halcón, confiesa su sacrificio. La dama se impresiona fuertemente y por fin escucha a su enamorado y se casa con él. El argumento de la historia, un amor constante que al cabo de largo tiempo recibe su premio, es muy común, *su fuerza y atractivo reside en el halcón*. Desde aquel entonces, un cuento breve debe tener su HALCON, un objetivo central, de «capta vista», de atractivo.

En Latinoamérica el «genre» del cuento breve ha sido poco cultivado. Existe, naturalmente, pero su existencia es muy humilde; y, por lo tanto, hay que aplaudir la aparición de estos cuentos de valor literario. Se puede decir, sin exageración alguna, que los cuentos de Dora Barnas de Sauer tienen un gran valor por cuanto se apartan de la literatura barata de frivolidad y porque persiguen objetivos artísticos.

Los cuentos reunidos en este tomo: «La Sonata del Ansia Eterna», «La Fantasía del

Corazón Robado», «Amor de Dioses», «Hermana en el Destino», «Noche Melancólica», «El Milagro» y «La Fantasía del Rococó Moribundo» tienen su halcón; a veces se encuentra escondido y hay que buscarlo, pero quien busca encuentra.

Ya hemos manifestado la necesidad de una introducción o prefacio por no ser latinoamericana la autora; pero aún dentro de su ambiente familiar Dora Barnas de Sauer tiene una particularidad: es una mezcla de una filosofía melancólica, un romanticismo ligero y un extraño misticismo, algo muy raro en la literatura alemana: que está orientada, en la época de la autora, por el realismo y una fuerte dosis de psicología. Al respecto, basta referirse a las obras en prosa de un Jacobo Wassermann, un Tomás Mann o Stefan Zweig y otros. Hay que retornar a la época romántica de los Brentano, Arnim, Fouqué, Theodoro Amadeo Hoffmann (caso especial), para encontrar tonos semejantes.... En ciertas obras del gran poeta *belga* Maurice Maeterlinck, tenemos también esta fusión de misticismo, romanticismo y filosofía, sin entrar en más comparaciones.

Dora Barnas de Sauer tiene una fuerte inclinación hacia el momento *artístico*: trata con amor los detalles de paisajes, vestidos y arquitecturas. Las formas y colores tienen un papel importante en sus cuentos breves: «El sol poniente jugaba con tintes de oro sobre el prado. Entre el dulce y obscuro bosque de olivos

blanqueaba una fuente de mármol con un brocal de dioses del amor», o: «Espanlosamente, en un verde enfermo y un pardo herrumbroso, se abren las honduras de pálidos espejos. Reflejan un león dorado....». Otra es la manera usada aquí, otra la de ver las cosas, otra la de reproducirlas. La relación entre el creador y su argumento es esencialmente diferente, por ejemplo, entre De la Cuadra y Dora Barnas de Sauer: pero no cabe duda que ambos tienen su justificación y que los cuentos de este tomo significan un enriquecimiento de la producción latinoamericana.

La poetisa recorre el espacio de toda Europa para elegir sus argumentos, y en el tiempo los siglos. El primer cuento, «La Sonata del Ansia Eterna», tiene su desarrollo en Italia, abarcando desde el Renacimiento hasta la época actual; el ambiente de «Fantasía del Corazón Robado» es la Lorena; «Amor de Dioses» puede desarrollarse en cualquier parte del mundo; «Hermana en el Destino» comienza en una ciudad alemana para terminar en Sicilia; «La Noche Melancólica» transcurre en Dinamarca; «El Milagro» sucede en España y «La Fantasía del Rococó Moribundo» en Francia.

Sin embargo, no son los valores regionales, si bien marcados, los que dan colorido a las historias y personajes, sino los dichos romanticismo y mislicismo basados en una filosofía de la resignación.

Ya el primer cuento del libro «Sonata del

Ansia Eterna» manifiesta de una manera destacada las particularidades del talento de la autora y de su manera especial de formalizar sus creaciones dentro del ramo del cuento. Como el título indica, este trabajo está construido según la forma musical de una sonata cuyas dos partes esenciales encuéntranse ligadas por un breve intermedio independiente del tiempo y del espacio. No voy a robar al lector el averiguar los secretos de la acción, pero sólo me permito indicar que la idea dominante de la sonata es la reencarnación... pero fiel a su concepto de la vida, la autora no concede a los amantes el cumplimiento de su ansia ... limitándose a abrir la vista en la eternidad.

En «**La Fantasia del Corazón Robado**» tenemos por halcón un teatro de líteres, los que siguen jugando al hacerse independientes de su creador, el que disipó para ellos su corazón ... para recuperarlo en la bondad y hermosura de la naturaleza.

Muy curioso «**Amor de Dioses**»: una comprobación de que también en ese ambiente de romanticismo, misticismo y filosofía desempeña un buen papel el humor.

La autora describe la noche de Walpurgis de los dioses griegos en que Mercurio y Terpsícore bailan, las musas dan un concierto, etc. Extraña fluctuación de los argumentos poéticos: el poeta latinoamericano Julio Herrera y Reissig ha creado el curioso y maravilloso poema «**Las Pascuas del Tiempo**».



La idea fundamental es la misma, si bien el poema de Herrera y Reissig es más amplio y más «en vuelo». Y, seguramente, Dora Barnas de Sauer, cuando publicó hace años su cuento, no sabía nada del tan desconocido gran lírico uruguayo, cuyas obras completas son ahora presentadas en una digna edición.

«Hermana en el Destino», tiene en los basidores de la Edad Media un argumento «moderno». Fátima, la amante del Emperador Federico II, el «gran gibelino», mujer ligada a un hombre que se toma libertades sin concederle a ella más que la de entregarse totalmente a él, y amándola, sin embargo, hasta el fin, de la misma manera como ella lo ama. Parece enigmática la acción y la situación sentimental, pero se aclara por la indicación de las palabras que la mujer dirige al emperador: «Señor, voy haciéndome vieja y solitaria; lengo ansia por lo que es mi propio, por el amor de un esposo, por niños y por mi futuro». Y en la contestación del hombre: «Niños que pueden estar tan lejos de tu sangre; en quienes pueden renacer linajes lejanamente muertos; niños de quienes tú nada sabes, que crecen sobre tí llamados por el grito del tiempo». En estas palabras y en el hecho del asesinato del caballero rubio, sugerido por el mismo emperador, se revela la idea fundamental.

«Noche Melancólica», diálogo entre muertos, distinto de los diálogos de muertos de

Luciano, refleja, quizá, el mejor concepto de vida de la autora.

«—Ay, jamás construído puente de corazón a corazón».

«—Ay, soledad!»

«—Ay, desamparo!»

«—Soledad!»

«—Soledad!»

La técnica o el arte especial de nuestra autora se manifiesta de la manera más clara en el cuento «Fantasía del Rococó Moribundo»: es decir, su método de dar las cosas indirectamente y de proporcionar a los acontecimientos una fuerte dosis de arte pictórico, tratando los detalles respectivos con cariño. El argumento del cuento, en verdad, es muy simple: una joven belleza se casa con un viejo, en lugar de hacerlo con el amante de su juventud. Recibe tal acción bastante conocida sus atractivos por ser presentada tras unos velos de varios colores, recuperando así la curiosidad del lector de conocer el secreto de la marquesa Jeanne-Marie: la revolución francesa, la matanza de los nobles, la visita en la Concièrgerie, el veneno que recibe de las manos de su médico, enamorado de ella, el suicidio y la fiebre de los últimos momentos de su vida, con sueños fantásticos en que asoman en un carnaval de Rococó; ella, entre los dos hombres el viejo y el joven. La mano de la creadora desgarrar uno tras otro esos velos hasta que tropezamos con el hecho desnudo, argumento del cuento.

Técnica del «halcón». Salta a la vista en los múltiples detalles, en la decoración del cuento el carácter del Rococó, el que luce sus valores encantadores y pálidos en la luz roja de su muerte y en la melodía «directa» de la Marsellesa.

«Milagro», el penúltimo de los cuentos, me parece más un bosquejo, primer bosquejo con todos los atractivos de tal, de una obra más amplia que está por terminarse entre las manos artísticas de la poetisa, una obra que dará al público latinoamericano una impresión completa del talento descriptivo de la autora.

Dr. WENZEL GOLDBAUM.

LA SONATA
DEL ANSIA ETERNA

LA SONATA

DEL ANSIA ETERNA

I

El sol poniente jugaba con tintes de oro sobre el prado. Entre el dulce y oscuro bosque de olivos blanqueaba una fuente de mármol, con un brocal de dioses del amor. Esbeltos caballeros apoyábanse descuidadamente sobre el relieve y dejaban flotar su cabellera a los vientos veraniegos. Más atrás, unos pajes jugaban con pelotas doradas que lanzaban a la altura con curvas anchas y elegantes. Y levantaban las manos para recibirlas, como en un gesto de adoración.

Un poco alejada, la joven princesa Beatrice miraba al Conde, alzando los ojos entreabiertos. Casi una niña aún, ella presentía un sentido recóndito en todas las cosas de que los mayores hablaban, y por eso creía a veces que no pudiese entenderles aún. En tales momentos un súbito pudor teñía su cara de un delicioso rubor, como las nubes de la aurora cubren la faz del sol naciente.

El Conde la miraba insistentemente y conmovido. Le dijo: «Linda princesa, no os asustéis! Esta noche habrá chocar de hierros; arderán llamas; gritos, bramidos, asalto! Pero yo mismo vendré y os llevaré en mis brazos». Entonces su voz se hizo suave: «Vos estaréis bien guardada, porque os amo. Pero vuestros hermanos me han rehusado vuestra mano».

El rostro de la princesa pareció convertirse en un bello cáliz al que afluyera su sangre bullente, y quedó como embelesada, mientras sus manos se movían perplejamente, queriendo súbitamente esconderse. La una mantenía aún la pelota dorada.

Sus ojos parpadearon, pero de repente batió las manos y llamó: «Pero ved, señor Conde, qué sombra tan ancha proyectáis; quedo absolutamente cubierta por ella. Vos sois más alto que don Cesare y don Valentino, y éstos son los más aventajados de la Corte».

La princesa hizo rebotar altamente su pelota dorada, lejos y detrás de sí misma; y, con risa desembarazada, la siguió. Cuando la hubo cogido, vió al Conde, sobre la puesta del sol, grande y macizo como una estatua de Heracles; pero encina de su cabeza vivamente centellaba prematura escarcha de plata.

.....

La princesa creyó que soñaba. Penosamente dirigió sus ojos a la altura y, en los cuadros de las ventanas, vió arder una deslum-

brante claridad. Junto a su lecho se irguió la opaca y maciza figura del Conde. Las camareras agregaron sus alaridos al ruido resonante que del patio se elevaba.

«Dadme un abrigo para doña Beatrice», resonó la voz del Conde, con tono imperioso y altanero. Después de la dura lucha, aún temblaba y le humeaba todo el cuerpo.

«Don Cesare ha muerto», grita una bella mujer rubia, el seno descubierto, sueltos los cabellos, y se precipita en la alcoba; crispadas las manos contra las sienes, se derrumba sobre la cama de la princesa. De abajo venían largos gritos bestiales y retumbantes golpes de hierros.

Y otra vez: «Dadme un abrigo para doña Beatrice». Pero nadie prestaba atención. Una antigua criada estaba sentada, casi sin vida, en una honda hornacina, y rezaba su rosario. Un velón reflejaba allá sus luces rosadas sobre pliegues de terciopelo de color violeta. Un papagayo blanco ponía sus gritos en el cielo.

La pequeña princesa comenzó a llorar calladamente.

Entonces el Conde entró en la antecámara en que se encontraban las mujeres espantadas y llorosas, y de los hombros de una de ellas arrebató un abrigo.

Arropó con él a la princesa, y suavemente cubrió su rostro con su mano derecha, que temblorosa aún, apenas alinaba acción tan de-

icada. Levantó, pues, su dulce carga y cuidadosamente bajó por la escalera de caracol.

Una antorcha ardía lúgubrementes; pero a pesar de la oscuridad,— el Conde lo vió claramente—, flamearon dos ojos; una boca se dibujó además; y al fin, todo el contorno de una cara. Una figura saltó contra el Conde. Pero él, estrechando aún más a la princesa con su brazo izquierdo, con la derecha agarró por la garganta al mozo y le arrojó de la escalera abajo. Un estruendo como de maderas que se fracturaban, y unos ayes todavía pudo escuchar el Conde; después todo quedó en hondo silencio.

La princesa dormía aún profundamente, hacía ya mucho tiempo.

El Conde salió al jardín. Allí la noche estaba fresca, no perturbada y grandiosa, en la claridad de los astros florecientes, que circuían, como un sembrado de oro, las oscuras siluetas, que los grandes árboles dibujaban en el cielo, planas como campos infecundos, en los que crecía raramente la espiga dorada de una estrella.

El Conde entreabrió un poco el abrigo de la princesa, para ver su rostro durmiente, que sonreía, suavemente estrechada contra su hombro.

«Mi flor», dijo, «brisa de la tarde de mi alma; dulce y última, única amada de mi vida».

Después de recubrir delicadamente la carita amada, silbó, en tono apenas perceptible. Fuera de la muralla oscura se movía un caballo blanco, y creció acercándose, guiado por un mozo.

De la dirección del castillo, venían todavía unos últimos sones de armas, casi sin ruido, pero claros como relámpagos lejanos, y unos gritos ahogados.

Pero el Conde montó con su presa, y arrancó de allí, bajo la luz de las estrellas. Y su alma fué una plegaria grande y resonante hacia el cielo.

«Por eso extraño, a veces, mi suelo natal», concluyó la joven Condesa Beatrice. Y su cara pura y finamente conformada, levantóse tranquilamente hacia el esposo. «Yo sé, jamás hubo una mujer más dichosa que yo; pero allá está, por ejemplo, la fontana del patio de la casa. Los alisos rumborean allá más íntimamente que todos los alisos del mundo; y siempre un pequeño pájaro verde canta de una manera extraña en ellos; yo le oía hasta en lo profundo de mis sueños. La nodriza contaba que el pajarito era talvez un alma; el alma de aquel tío que trajo aquella fuente de Grecia, a su regreso de la Tierra Santa, a donde había viajado para expiar sus pecados. Había asesinado a sus hermanos. Entonces yo rezaba siem-

pre, para que Dios me guardara limpia de toda culpa».

El Conde estaba sentado en un sillón, junto a la ventana abierta. Afuera apagábase lentamente el arrebol sobre las lejanas montañas tendidas en la luciente atmósfera de color violeta. La cara del Conde, que otro día pareciera de bronce, una de cuyas mitades quedaba siempre un tanto inmóvil, movíase ahora suavemente, como en mil arrugas, en mil mallas, como una red que cogiera todas las cosas de los alrededores; y a causa de las palabras de Beatrice, se transformó, como repleta de una redada preciosa y pesada. Tomóle la cabeza y la atrajo más cerca de su hombro; sus dedos siguieron, jugando, las negras y finas cejas; y le dijo: «El ansia está en el mundo; está esparcida sobre todas las cosas: a veces crece lozanamente al recordar un abrigo sombrío que llevábamos en tiempos remotos; talvez sube de las fuentes de nuestros viejos hogares; o de las rosas que las olas, en el alardecer, parecen arrojar a la playa, viniendo de la eternidad. Rodea de ramos umbrosos y encanta todas las casas en que antes habitábamos, tanto que se ven tan lindas como los cuentos de la madre en el crepúsculo».

«Sí», dijo Beatrice, «y por eso quería regresar a mi viejo lugar natal, una vez más».

El Conde se calló por largo tiempo; después dijo bondadosamente: «Yo quiero hacer

una tentativa de reconciliación con tus hermanos».

Del armario oscuro y grande, antiguo mueble de familia, que estaba en el fondo de la pieza, salió súbitamente un crujido. Beatrice dió un grito y escondió la cabeza, más hondamente, en el hombro de su esposo. También el Conde estaba espantado.

El alboroto de la fiesta duró toda la noche. Beatrice tenía su asiento al lado de su esposo, en la sala grande y alta de su antiguo hogar. Parecía un retrato dulce y quieto. La esmeralda que lucía sobre su alta y blanca frente, recogía la luz y ponía un alucinante claror verde, en sus ojos, cuyo verdadero color era azul. En su linda boca, que se perdía en estrechas comisuras, florecía una sonrisa turbadora de dicha.

«¿No se han convertido en un símbolo mis palabras de aquella tarde del asalto, cuando yo estaba cubierta por su sombra?». Así pensaba la linda Beatrice. Al otro lado de ella estaba sentado su hermano, el feo y deforme don Ferrante. Ella no le amaba. Su pequeña barba en punta se apoyaba ridículamente sobre el alto pecho. De su costado pendía siempre la daga, de una manera inquietante, pero él la llevaba no obstante que el arma le hacía caer algunas veces.

Beatrice sabía que él, cuando era niño, atormentaba a los animales; y en sus sueños había oído, a veces, los gritos de angustia de gatos y avecillas. Pero ahora, por la fiesta de su regreso a la casa, se creía obligada a poner suavemente su mano sobre las de él. Pero los ojos pérfidos del hermano huían de los suyos.

«Estáis linda, señora hermana», dijo una vez; pero un relámpago de odio al Conde saltaba más allá.

Los pajes seguían ofreciendo de nuevo frutas y vinos. Los colores lucían más y más hondamente; y la música sonaba más y más insistentemente. Lindas parejas bajaban por las anchas escaleras, entre cuyas columnas aparecía el azul de la noche tibia. Sobre blancos balcones de mármol, en la altura de la sala, apoyábanse hermosas mujeres bellamente aderezadas; sus largos collares de perlas colgaban en el vacío; y en sus manos blancas brillaban las piedras de las sortijas, cuando arrojaban una rosa abajo, en indolentes ademanes.

Máscaras negras aparecían y desaparecían entre caras claras y descubiertas. La blancura brillante de cuellos se destacaba de los escotes cuadrados de los vestidos de terciopelo negro mate. Una copa de oro relumbraba fuertemente sobre todas las cabezas. Los blancos galgos de don Ferrante se escurrían, un poco acechadores, por entre la muchedumbre.

El Conde hablaba con don Ercole, el hermano mayor de Beatrice. Era esbelto y alto; tenía cuerpo y manos de estatua. Algo de inmovilidad y reserva caracterizaba toda su persona. Hasta sus ojos, excesivamente claros, parecían, a veces, pasmarse en una blanca helada. Sus lindas manos amontonaban gemas y antiguas monedas delante del Conde, en la mesa. El Conde las examinaba atentamente; y parecían enfrascados en una charla interesante.

Beatrice vió de nuevo a su esposo. «Es raro», pensaba, «cómo tiene dos perfiles. Parece que la una parte de su cara todavía no está bien cincelada y es tosca. Allí la boca es más ancha y como amenazante; y la estructura de la mejilla es casi bravía y brutal. Pero este otro lado, qué grande y noble es; severo y omnisciente, como el perfil de un Zeus griego!»

Ella sonreía; era feliz. Este lado lo conocía y lo amaba; y el otro lado era solamente para su gloria y protección.

«Soy una mujer muy feliz», susurró Beatrice. Don Ferrante sonrió e hizo una reverencia. Pero su sonrisa era solapada. Sus blancos galgos movíanse inquietos y lloriqueando alrededor de su persona.

Máscaras negras aparecían y desaparecían entre caras claras y descubiertas. La blancura brillante de cuellos se destacaba de los escotes cuadrados de los vestidos de terciopelo

negro mate. Una copa de oro relumbraba fuertemente sobre todas las cabezas.

.....

.....

Beatrice se despertó esta noche.

Alzáronse sus párpados súbitamente del hondo sueño; y al mismo tiempo, como un ojo claro, levantábase su corazón y escrutaba fijamente en la noche con preguntas insondables. Zumbaba en sus oídos un finísimo sonido como de inmateriales ruedas. Detrás de los tapices, algo, a veces, crujía casi sin ruido.

Ella murmuró: «Giovanni, estás cerca de mí? Qué sabes de tí? De mí? De todas las cosas circundantes? En dónde crece tu amor?»

El se despertó.

Y dijo gravemente: «Rara es esta vida; llena de ira, llena de amor, llena de odio. Todo se disipa en humo. Una cosa solamente sé: en mi corazón crece un árbol, alto, hasta el cielo; y sus ramas cuelgan largamente hasta la tierra; y tú duermes bajo su protección. Siento cómo proyecta su sombra sobre todo el mundo; y el mundo eres solamente tú. El crecerá y crecerá tan largo tiempo como el mundo exista».

Dijo Beatrice: «A n:í me es tan santo como si dos genios se besaran en el espacio de los cielos».

Cruzó ella las manos y se durmió de nuevo. Sobre su aliento murmuraba el árbol.

.....

Más tarde, ella jamás supo decir que no hubiese soñado todo esto.

La próxima mañana, el Conde yacía asesinado junto a ella.

Ella no lo comprendía!

Los hermanos hicieron casar a Beatrice otra vez, con un hombre que fué más oportuno para sus proyectos políticos.

Pero ella es como una muerta. La sonrisa, de una suave y desconsolada melancolía, y, más tarde, de honda bondad, vagaba siempre en su boca. Daba a luz sus niños, y quedaba siempre la misma. Los poetas escribieron sonetos sobre su apariencia incomprensible; y los artistas pintaron y esculpieron su retrato.

Construyó iglesias y capillas. Parecía que hubiese dirigido sus ansias a Dios. Levantó un monumento funerario a su esposo. Allí reposaba sobre el ataúd de mármol, como recostado y la cabeza sobre cojines henchidos; y por el ademán de su diestra parecía siempre dispuesta a empuñar la espada; pero en la izquierda había una casi imperceptible extensión tras algo querido, que sus ojos veían, al través de los párpados, en la lejanía.

Beatrice derramaba flores sobre él, a manos llenas. Caían sobre la cara, alrededor de los hombros, sobre todo el cuerpo. Y ella esperaba en suspenso, casi sin aliento, que él se

levantara, riendo un poco enojado, para desecharlo, con duro ademán, el capricho amoroso.

... Pero él siempre dormía.

Y ella comprendió lentamente, que debía peregrinar por las eternidades, para hallarle de nuevo.

A veces, se asomaba a las ventanas de su palacio y miraba hacia arriba, a las estrellas. De los jardines circundantes subían fragancias embriagadoras; y un rosal de primavera levantaba sus ramas, llenas de claras flores, hasta la blanca mano, húmeda de calientes lágrimas que se mezclaban con el fresco rocío de las rosas.

... Medio abiertos sus ojos, en forma de almendras, no veían las bellezas fascinadoras de la noche circundante; y no obstante, casi había una sonrisa en sus labios contraídos por la pena y la resignación, cuando ella susurraba: «El ansia está en el mundo; está esparcida como simiente sobre todas las cosas: a veces crece lozanamente, al recordar un abrigo sombrío que llevábamos en tiempos remotos; tal vez sube de las fuentes de nuestros viejos hogares; o de las rosas que, en el atardecer, las olas parecen arrojar a la playa, viniendo de la eternidad. Rodean de ramos umbrosos y encantan todas las casas en que antes habitábamos, tanto que se ven tan lindas como los cuentos de la madre en el crepúsculo».

Y todos los sentidos de ella se fijaban para recoger el sonido de la queda voz que

una vez había hablado estas palabras para ella.

Se abrieron de nuevo todas sus heridas. Mil caminos de su fuerte corazón quedaron abiertos aún para ella; así como su alma estaba llena de senderos desconocidos, que él jamás había andado, que todavía guiaban en la sombra y en la noche.

Así, pues, él y ella eran como dos melodías que el destino desgarró antes de que pudieran encontrarse.

.....

Buscar, buscar, para encontrar de nuevo...

11

Hace ya largo tiempo que murió Beatrice. Suavemente sonreía su retrato incomprensible, en el cuarto de su felicidad, del castillo silencioso, escondido profundamente en las montañas.

Ya nadie vive en él. Sólo los años crecen y crecen, circundados por la muralla poderosa. Ya cientos de años son. Nadie pue-

de verlos: son genios pequeños y descoloridos. En el verano juegan entre los rosales, o entre abrasados bosques de oleandro; entre espalderas de limoneros, de flor y fruta de color amarillo pálido. Son como niños envueltos en blanco, como en camisas mortuorias. Despiden un olor de estancamiento, que oprime aún a la fragancia del fresco rocío de los musgos rastrojeros; vuelan bajo el espeso techo de las hojas, donde los rayos del sol entran escasamente; de donde rara vez se ve un poco de azul del cielo. Están siempre acucillados en torno al reloj de sol, así que solamente los gigantescos y enfermos girasoles alumbran en vano el cuadrante cubierto de musgos. El reloj está allá en un rincón, donde la muralla del castillo se eleva en la altura, ornado con el escudo señorial de los dueños.

Los pequeños genios quieren el olvido; telarañas, amapola y el olvido. Siempre riegan la amapola descolorida, alrededor de las fuentes de mármol. Ponen sus manos en las tazas, para que el ruido chapoteante de las aguas sea más callado. Desfallecidas aun caen las rosas.

Pero en el invierno, no se ven uno a otro, porque sus camisas mortuorias son blancas como la nieve; ágilmente y sin ruido, se introducen en el castillo, somnolientos y descoloridos, como las arañas.

Pero uno crece siempre poderosísimo entre sus hermanos. Es el centenario. Y cuando

su hora está llena, él sube volando a la almena más alta del castillo, y abre anchamente las alas gigantescas. Doce veces brama desde la torre la retumbante boca de bronce de la campana; y con un solo golpe de alas, alza el vuelo y se lanza a la eternidad.

III

Una joven y linda mujer escala penosamente el pequeño villorrio. Quiere reconocer el castillo con su famoso monumento funerario. Abajo, en la curva del camino, está parada la pequeña carretela de mimbre, enganchada a una mula. El cochero adolescente, tumbado de espaldas en la hierba, una rodilla recogida contra el cuerpo, hace cimbrar su varita en el azul del cielo, azotando un enjambre de moscos.

La joven mujer se acerca a la muralla que se eleva bajo el quemante resplandor del sol.

Toca la puerta.

Y espera, mientras su cara sonríe somnolienta en el sol.

Este día de verano le parece como una sola maravillosa gema azul; y ella misma sién-

tese en hechizo, inmovilizada en la claridad de la joya semejante al agua. Tenía el sentimiento de que había amado, desde largo tiempo, los días de verano en esta montaña. También el paisaje creía haber conocido ya de siempre; le parecía tan íntimo como si siempre, en esta estación, le hubiera echado de menos.

Qué fielmente guarda al gran castillo esta muralla! Qué fuerte y familiar es a un mismo tiempo!

Cuántos gritos de dolor estaban talvez rebotando en las piedras, allá adentro? Cuántas risas de alegría? Pero la cadena de montañas debía quedar siempre afuera y aislada, porque la muralla no quería tolerar el juego del eco con la lejanía; quería guardar fielmente todo lo que era de la casa a la que sirvió.

¿No deberían estar parados en el patio familiar, que la muralla limita, dos gigantes de piedra, toscamente cincelados, al lado de la escalinata? No sería posible imaginarse que ellos llevan festones de hojas de parra alrededor de la cintura? No deberían parecer llenos de rabia y de bondad, a la vez, como queriendo guardar los niños de la casa, con sus mazas?

Ahora acércanse pasos silenciosos al otro lado de la puerta. Una llave poderosa voltea en la cerradura. El guardián, de cabellos blancos, aparece en la puerta más pequeña, recortada en el portón; sonrío con sonrisa servil y escrutadora.

Ella entró.

Al frente, a los lados de la escalinata, estaban parados los dos gigantes. La joven mujer no se asombró. Incluyó la cabeza ante ellos.

Siempre soñando, anduvo por la casa. Tenía la sensación de que una fuente, desde tiempos encerrada en su alma, se hubiera roto y surgiese de nuevo. Brotaba a la superficie un perfume de cosas íntimas, largamente olvidadas; y todas estas cosas un día las había visto con sus ojos y tocado con sus manos; y ahora las veía y tocaba de nuevo, y no como una impresión nueva, sino en una forma precisa, en ella misma ya estampada desde tiempos. Atravesaron ellos por las escaleras, por altos y severos aposentos, por puertas que se abrían anchamente, y daban de frente sobre una pequeña ventana, junto a la que los pámpanos colgaban de las ramas de un árbol floreciente; mientras la otra ala, con los cristales amedallonados, quedaba cerrada.

Bajo otra ventanita se presentía el abismo, y en la lejanía levantábanse los montes azules.

«Aquí, talvez, el señor de la casa tenía la costumbre de reposar en la tarde, porque esta ventana da al poniente».

Un sillón, preciosamente tallado, abría fiel y gravemente sus brazos.

La voz del guardián quedó sonando en los oídos de la mujer. Como desde la lejanía, ella vió en el fondo del cuarto un armario oscuro y fuerte; lo tocó, pero su mano no lo sentía.



En su interior algo principió a sonar, se convirtió en sentido y después se convirtió en palabras:

«El ansia está en el mundo: está esparcida como simiente sobre todas las cosas; a veces crece lozanamente al recordar un abrigo sombrío que llevábamos en tiempos remotos; talvez sube de las fuentes de nuestros viejos hogares; o de las rosas que las olas, en el atardecer, parecen arrojar a la playa, viniendo de la eternidad. Rodea de ramos umbrosos y encanta todas las casas en que habitábamos, tanto que se ven tan lindas como los cuentos de la madre en el crepúsculo».

Las palabras se extinguieron en su interior; y el sentido se difundió en su alma en un sentimiento tan dulce como las lágrimas consoladoras; como miles de mariposas que en un rayo de sol cazaran un sonido, el hondo son olvidado de una voz—ahora cogedlo—coged—ya está súbitamente hallado, durante minutos, el hondo son olvidado.

«La capilla del castillo», «dijo el guardián, el monumento funerario del Conde, que fué asesinado por los hermanos de su esposa».

La joven mujer principió de súbito a hablar quedamente, como en sueños:

Es raro, pensaba ella, cómo él tiene dos perfiles. Parece que la una parte de su cara todavía no está bien cincelada y es tosca. Allí la boca es más ancha y como amenazante; y la estructura de la mejilla es casi brutal y bravía.

Pero este otro lado, qué grande y noble es; severo y omnisciente, como el perfil de un Zeus griego.

Tomó el ramillele de rosas de su cinturón y esparció las flores sobre la figura en reposo. Ella se espantó: diríase ahora que la mano se extendía para ladear las flores con sonriente enfado; pero, sin moverse, la figura reposaba, los ojos cerrados, vueltos a la lejanía, hacia donde él parecía ver algo querido, por lo que su mano se extendía, llena de una ansia dulce y suave.

Del órgano, en la altura, venían celestiales armonías. La linda mujer arrodillóse cerca del altar de la Virgen, que sonreía en un rayo de sol invasor, revestida de brocado, inmóvil. Grandes campánulas azules colgaban alrededor de su rostro dulce que sonreía, desde muchos siglos, a aquellos que a sus pies rezaban.

«Jamás me pareció tan íntima tu cara, Reina de los Cielos», dijo la joven mujer. Ideas del pasado, presentimientos del futuro, y aun el presente—tan inmaterializado que sólo parece un recuerdo—, la arrebataron y la arrojaron más hondamente junto al altar.

Lloraba conmovidamente. Sus ojos alzados interrogaban a la Virgen. Pero ésta tenía sus blancas manos de lirios, junto a su seno, dadivosas y al mismo tiempo vacías.

¿Por qué voy peregrinando, ansiosa e insatisfecha, a lo largo de todos mis años? En dónde brilla la luz lejana y azul que me atrae

y que jamás encontré? ¡Revélame el secreto; ayúdame, Madonal

Ahora ella está junto al monumento. Sobre la cara marmórea luce el sol. Ya no es la máscara de la muerte: es sólo la sutil y transparente máscara del sueño.

«Abre tus ojos», dijo la joven, «porque detras de tus párpados debe estar escondido el secreto de esta hora».

Al final había aún una pequeña alcoba. En un ángulo extendíase un ancho lecho, cubierto de gastada seda verde. El cuarto estaba lleno de indefinible intimidad.

Ella olfaleaba en el aire, en busca de un olor conocido de incienso, de que debía estar saturada esta alcoba; pero, cosa rara!, ella no lo encontró en la realidad, sino solamente en su recuerdo.

Su corazón se ponía pesado de presentimientos, como una fruta en sazón para la cosecha.

Se acercó todavía llorosa, a la pared en que colgaba en un marco de color oscurecido, el retrato de la linda Condesa Beatrice.

Se asustó. Creyó verse a sí misma como en un espejo.

Desde este día, andaba abstraída; y ya no comprendió el sentido de la vida.

Era en Venecia.

Una sala de concierto, suntuosa de estucos dorados, de espejos y terciopelos rojos. Los palcos, decorados de figuras fantásticamente inmóviles, estaban encuadrados en el espesor de las paredes. Finos cuellos blancos de mujeres parecían dibujados sobre el fondo de terciopelo rojo, y muchos caballeros vestidos de negro. Mucha luz inundaba la sala, y más brillantemente aún, la platea

La linda mujer estaba sentada delante del fondo rojo, hondamente sombreado, de su palco: blancas, muy largas y finas manos, cuyos dedos afilados se curvan un poco hacia arriba, deshojaban una rosa blanca. Una sonrisa se esparció sobre la cara de la mujer, e imperceptiblemente se perdió en las ovaladas mejillas. Los cabellos negros están hondamente partidos; los ojos son azules y alargados como almendras.

El violinista se presentó en la escena.

Su figura, alta y fuerte por naturaleza, se había vuelto un poco cansada bajo la disciplina del arte. Estaba pálido y como alejado del presente. Todas las cosas parecían resbalar sobre su mirada azul.

Y comenzó a tocar.

Variaba el motivo de una antigua danza italiana.

La linda mujer, en su palco, se turbó extrañamente. Mil visiones surgieron en su alma, plásticamente, como para ser tocadas:

Los colores lucían más y más hondamente; y la música sonaba más y más insistentemente. Lindas parejas bajaban por las anchas escaleras, entre cuyas columnas aparecía el azul de la noche tibia. Sobre blancos balcones de mármol, en la altura de la sala, apoyábanse hermosas mujeres bellamente ataviadas, sus largos collares de perlas colgaban en el vacío; y en sus manos blancas brillaban las piedras de las sortijas, cuando arrojaban una rosa abajo, con indolentes ademanes.— —

Ahi una disonancia venía en los sonos del violín; y la disonancia se convirtió en un motivo de pena rabiosa y penetrante.

La joven mujer se inclinó profundamente sobre el parapeto de su palco. Demudada de pena está su cara. La rosa blanca se escapó de su mano. El violinista, involuntariamente, miró arriba, hacia ella. Largo tiempo. Su frente se arrugó atormentadamente, como en una penosa preocupación.

Pero en el alma de ella relampagueó súbitamente el conocimiento: el funerario monumental. No lo construí yo misma? Mi vivo retrato en el castillo!—No es él mismo? No fué su nombre Giovanni? No fué asesinado por mis hermanos? No he jurado buscarle hasta el fin del mundo?

Por cuáles abismos y sobre cuáles alturas, bajo las estrellas, debía yo peregrinar para encontrarle a él, que era la lejana luz? En dónde estaba él todo este tiempo? Toda su

cara es ahora suave, linda y aureolada; y la otra parte dura desapareció. Ay, cómo le amo yo! Quiero hacer el camino mañana para buscarle a él! Y yo quiero contarle ... quiero recordarle....

En el corazón del violinista un incomprensible sentimiento de angustia se desbordaba. Su violín se hizo viviente. Se quejaba, sollozaba y gritaba:

Cuándo te ví, linda mujer? Siento yo el futuro en que te tendré? O ya te tuve entre mis brazos? Hubo ya una noche que nos abrigó a ti y a mí? Quieta noche de verano, y mi aliento soplaba sobre ti? Fué allá, talvez, un rayo de la luna? Crujió talvez un pliegue de seda en una cortina de color verde oscuro? ... Ya creía que mi corazón estaba helado y vacío, por haberse consumido; y tocaba solamente mis viejos dolores, deslizados desde largo tiempo; y he visto, indiferente y lleno de amargos recuerdos, cómo mis penas emergían vívidamente de mi violín. Pero ahora el ansia floreció de nuevo y poderosamente en mi corazón, y se levanta como un árbol, cuyas ramas cuelgan sobre todo el mundo; y en el mundo estás solamente tú.

Se puso más pálido. Sus ojos estaban todavía pendientes de la hermosa mujer. Las luces, en contorno, parecían apagarse lenta y nebulosamente; y ella se convertía en un retrato, ascendiendo de las lejanías de su recuerdo.

Sobre el fondo de terciopelo de color rojo oscuro, densamente sombreado, ella estaba sentada, con el pálido rostro en que vagaba sonrisa encantadora.

Sobre su frente lucía una gota de esmeralda que ponía un somnoliento claror verde en sus ojos, que eran de color azul. Y alrededor de la blancura de su cuello había un ribete de oro mate, como un cuadrado inmóvil.

La linda mujer descendió por una escalinata, entre dos esfinges de piedra. Automáticamente seguía el criado.

Entró en una góndola.

Los astros rielaban en la noche; y la luna suspendida en el azul, brillaba en toda su plenitud. San Giorgio Maggiore flotaba en una niebla de plata; pero la cúpula de Santa María de la Salutè parecía una puerta azul que se abría a las estrellas.

En el soplo de los vientos se sentía, a la distancia, la extensión del mar. Las olas jugaban resonantemente con la luna y las estrellas. En ritmo somnoliento, las ondas golpeaban la góndola, susurrando y haciendo ruidos extraños, como de seres fabulosos que acompañaban a la embarcación.

Reposaba en almohadones, dichosa y linda, fuera del fondo de los palacios mágicamente iluminados. Sus manos blancas jugaban, hun-

didas en una piel negra desplegada sobre sus rodillas, con una rosa blanca; pétalos estaban esparcidos sobre su regazo.

Talvez soy yo la única, entre miles de personas, a quien se ha dado la revelación.

Así pensaba; una elegida, una que encontró y ahonda el secreto de las almas dolorosas, presensitivas y eternamente ansiosas? Por qué espero, por qué él no está a mi lado?

Y dolorosamente sollozaba:

«Ay del momento en que le perdí!»

Una última góndola de una serenata se volvió a la orilla. Las lamparillas de papel tambaleábanse embriagadas del brillo de sus mismos colores. Voces de hombres y mujeres, acompañadas de laudes y mandolinas, cantaban una barcarola. La melodía agonizó en el aire, como si vientos ligeros hubiesen dispersado los últimos sonidos.

Aún se dejó llevar largo tiempo por la noche; pero todavía golpeaba fuertemente su corazón anchamente abierto. Mandó atracar la góndola e indicó al criado que quería caminar sola por las calles.

La Piazzetta estaba blanca en la luz de la luna; pero por todas partes saltaban sombras alargadas y fantásticas en esta claridad. Las columnas pintaban sus largas sombras atravesadas sobre el pavimento. La joven mujer sentía despertarse, en contorno, cosas extrañas que en vano querían invadir su alma.

Atravesando la plaza de San Marco, otras imágenes querían atraer su alma desbordante: figuras de la fachada de la basílica, los cuatro caballos, andando como en vuelo, ligera y poderosamente; un vislumbre dorado de los mosaicos de la portada acertó en sus ojos bajos; pero solamente una vez más los levantó, cuando los tres hombres de bronce de la torre que se destacaban, grandes y negros, sobre la bóveda estrellada, levantaron sus martillos, y uno después de otro, golpearon con poderoso ademán, contra la campana del reloj.

Corrió por la «mercería» y se perdió por calles siempre más angostas y pinforescamente alumbradas por la luz de la luna. Súbitamente a su derecha apareció un canal. De una taberna llegaban ruido y rasgueo de mandolinas.

Una puerta se abrió. Salió un gigantesco marinero de anchos hombros.

Ella sonreía. ¿Qué podía ocurrir con ella que tenía tanto conocimiento? ¿No estaba altamente elevada por sobre todas las realidades?

El marinero la seguía. De pronto se sintió agarrada. Unas manos brutales apretaban su garganta; rojas centellas saltaron de sus ojos; sonó una voz estertórea, como «Giovanni»; luego una convulsión.... y pensó con la rapidez del relámpago: Por eso es así este secreto profundo y jamás adivinado: poderes hostiles hacen morir a cada uno en el instante en que él despierta al conocimiento.... Zumbaba en sus oídos y se convertía en música: Le encontraré,

con todo—y cerró el puño llena de fuerte voluntad.

A lo lejos oyó, como dos melodías se fundieron, siempre con menos ruido, cada vez más apagándose... y todo se calló.

Era una amplia habitación la que el violinista ocupaba. Sobre columnas descansaba la bóveda del cielo raso, pintado como un cielo estrellado.

Sus pasos resonaban perdiéndose sobre las baldosas; esto le inspiraba una impresión de lejanía sin límite.

Una ventana daba sobre un jardín somnoliento y primitivo. Lejana, detrás de las murallas desmoronadizas, estaba la laguna, brillante a la luz de la luna, dándole la impresión de horizontes amplios, como él los amaba. Un castaño extendía sus ramos casi en la ventana; y junto a ella se encontraba un diván a los rayos de la luna, anchamente invasores.

Allí estaba sentado el violinista. Su mano descansaba en el respaldo. Miraba hacia el jardín. Las blancas y agudas llamas de las flores brillaban claramente en el enorme globo del árbol oscuro. Las luciérnagas chispeaban en él y daban la impresión de hondura en su follaje.

El violinista miraba fijamente hacia las lejanas aguas lucientes, abstraído en insomnes pre-

sentimientos. Siempre veía a la linda mujer dentro de su alma.

Un motivo musical quería desatarse en su interior; pero sus manos no podían apresararlo.

Dos melodías se buscaban... se encontraban; y fueron desgarradas por terribles conmovedores acordes, que estallaron en gritos quejumbrosos; pero las melodías se buscaban de nuevo.

En este momento el violinista voceaba en una inexplicable y espantosa pena.

Y era solamente una pequeña flor blanca que, afuera en el jardín, lentamente, volteando lentamente, caía al suelo, como un alma extraviada.

El violinista corrió, apremiado por un miedo sin razón, por las calles. Y llegó la mañana. El sol se levantaba y alumbró las casas, a ambos lados de los canales, que parecían descoloridas y estropeadas como bastidores de teatro, expuestos a la luz del sol.

Sobre un puente, bajo cuyo arco bamboleábase una góndola negra, llena de lucientes naranjas, movíase mucha gente: mujeres esbeltas, envueltas estrechamente en chales negros cuyos flecos se arremolinaban al rededor de la orla de sus vestidos, entre gondoleros y hombres de mar.

Ellos contaban que se había sacado del canal el cadáver de una mujer.



El ya lo sabía.

Y se abrió camino.

Reconoció en seguida a la linda mujer. Sus ojos estaban anchamente abiertos. Al rededor de su boca había la amargura de una certeza penosa, mezclada con un rasgo de paz eternal.

Dobló las rodillas al lado del cadáver, sacudido de pena inexpresable; y le cerró suavemente los ojos. Pero los puños de ella estaban cerrados, llenos de voluntad, como en un gesto de sublevación contra algo ciego y sin sentido que ella, cuando el día llegara, con todo, quería vencer.

Desde esta noche el violinista pensaba siempre, de nuevo, sobre las melodías que se buscaban, y aun no encontraba su sentido.

Largo tiempo el violinista ha sufrido y ha buscado.

Después, un día, el camino le guió hacia el viejo castillo en las montañas. Quedóse largo tiempo al lado del funerario monumento y del retrato de la linda mujer.

Allí el velo se apartó violentamente de sus ojos; y la claridad se hizo en el paisaje de su alma. Apretó las manos contra las sienes y sollozó.

Pero, lentamente, la pena se convirtió en lágrimas consoladoras.

Largo tiempo permaneció al lado del monumento, hasta cuando comprendió la fe de la difunta; y poco a poco fué tranquilizándose; y su corazón se transformaba y se llenaba de paz y nuevas fuerzas.

¿No había en esta derecha una casi imperceptible extensión tras algo querido, que sus ojos veían, a través de los párpados, en la lejanía?

Vió más allá de tiempos y de espacios; y sintió en su corazón y en su mano derecha el ansia eterna, que se extiende lejanamente sobre la tierra y la tumba. Y desde este instante supo que estaba escudado contra el dolor y la muerte.

Quedóse largo tiempo en el aposento con el viejo armario, y en donde el sillón descansaba en contra del sol poniente. Esperó hasta cuando los montes se esfumaron en las últimas luces de color violeta. Y creyó oír la voz de la amada y sus pasos ligeros.

Su cuaderno se cubrió de apuntes. Era el adagio de su sonata. Talvez el tema hubiera sonado en estas palabras:

«El ansia está en el mundo; está esparcida sobre todas las cosas: a veces crece lozanamente al recordar un abrigo sombrío que llevábamos en tiempos remotos; talvez sube de las fuentes de nuestros viejos hogares; o de las rosas que las olas, en el atardecer, parecen arrojar a la playa, viniendo de la eternidad. Rodea de ramos umbrosos y encanta todas las

casas en que antes habitábamos, tanto que se ven tan lindas como los cuentos de la madre en el crepúsculo....»

En esta misma noche concluyó su sonata del ansia eterna.

Las melodías que se buscaban, se encontraron por fin, se mezclaron como llamas, se fundieron totalmente en una.

Todo en contorno quedó sumido en la tranquilidad... y ellas entraron en Dios!

**LA FANTASIA
DEL CORAZON ROBADO**

LA FANTASIA

DEL CORAZON ROBADO

Era una poetisa que, apartada de su rumbo, residía en una pequeña ciudad de la Lorena. Vivía en una escabrosa calle que, a trechos, era más ancha, y en otros, más angosta; y a cuyas casas conducían amplias escaleras.

Casi todo el día las persianas permanecían cerradas, porque el verano era ardiente en este año. Los cereales maduraban dorados y pesados.

Hacía largo tiempo que no había llovido; por eso salía cada domingo una procesión, fuera del gran arco redondo que se extendía transversalmente al fin de la calle, de una casa a otra. Detrás de su portal estaba el monasterio: claustros tranquilos, enredados de parras, y la fresca y oscura iglesia que soñaba en la sombra de sus vidrios multicolores.

Cuando principiaba la procesión brotaba toda la pompa de la ceremonia en la calle; por un momento las piedras del arco doblegaban

los penachos de plumas de los baldaquines que después se levantaban más allivos y fieros; todas las campanas tocaban a vuelo; brillaban sedas blancas; se abrían los estandartes; relampagueaban la plata y el oro rojo y pesado. Eran blancas las niñas que esparcían las flores. Sobre el pavimento marchitábanse las rosas y los ramos de abedul.

La poetisa moraba en una antigua posada. Había muchos gatos en ella. A veces, cuando toda la gente estaba en los campos se podía creer que la casa estaba habitada solamente por los gatos. No les agradaba recibir con gusto una caricia. Se escurrian por aquí o por allá, con una especie de dignidad o de rechazo. Salían de los cajones, o de las enormes ollas de cobre; y tranquilos y flexibles estaban en todas partes de la casa.

Un gran gato era un animal extraordinariamente raro. La poetisa, para sí sola, siempre le llamaba «el marqués». Tenía las patas blancas y se parecían a mangas o pantalones de seda; sobre estas colgaba la negra piel del lomo como la capa de un caballero de tiempos pasados. El pecho era blanco y sus pelos más largos, como una chorrera de encaje.

Pero lo más raro era la cara del marqués: sus ojos verdes miraban como por una máscara negra, la cual era dibujada con regularidad desde bajo la nariz hasta las mejillas y que parecía atada detrás de las orejas, con finas cintas negras.

La cola parecía una daga que elegantemente asomara por debajo de la capa negra...

Parecía que el marqués se sentía de lo más bien en la blanda cubierta de seda de la poetisa. Pero cuando ella entraba súbitamente, él se levantaba ceremoniosamente y salía por la puerta, como abandonando el asiento para ella.

Las tardes se tendían pesada y calientemente sobre la calle.

En frente de la posada, en una casa vieja y desmantelada que daba la impresión de que una vez había sido más imponente que todas las otras—tenía una ancha escalinata, con finas rejas forjadas—se alojaban los polacos trabajadores de las cosechas.

Cuando el sol se había puesto, y cuando la calle ardía aún en colores rosados y amarillos de azufre; cuando por la claridad del día rezumábase el crepúsculo, como fino polvo, ellos tocaban siempre la misma pieza en la zampoña, acompañándose de dos violines. Era la melodía de un cracoviac. Con una insistencia automática, ellos la hacían zumbar en sus instrumentos. En el fondo del cuarto se podía ver vagamente a uno de ellos que tenía su violín como un muñeco mecánico al que se ha dado cuerda. Echaba su cabeza de uno a otro lado, en el ritmo de la música.

Así se le veía también en esta tarde, de la que voy a narrar.

El crepúsculo crecía más y más, y salía la luna. Ella iluminaba la cara de una vieja, pálida como la cera que estaba asomada por la ventana de la misma casa, y que siempre miraba estúpidamente a la poetisa. Sobre la frente tenía una verruga enorme como un chichón; y largos pendientes de corales goteaban, como sangre, de sus orejas lacias.

La poetisa tenía miedo de ella, porque la casa era, como se verá muy pronto, una casa hechizada.

Por una ancha ventana bajo el techo se podía ver un desván grande y sombrío. En frente de esta ventana, al otro lado de la pieza, había otra ventana que daba lejanamente a la comarca.

Siempre se ofrecía allí otro paisaje: a veces, los campos de cereales amarillos con centáureas azules, con amapolas que relumbraban en rojo, y, sobre todo, extendiéndose el cielo de un color hondamente azul; en el anochecer, un dulce apagamiento en cansancio y melancolía; o llamas de color de azufre, o un color rosado, como si fuese una puerta del cielo anchamente abierta.

Pero ahora estaba esparcida una luz de plata por los rayos de la luna, sobre el paisaje, hasta las lejanías.

El marqués corrió con gusto a lo largo del canalón estropeado, y desapareció por la ventana del desván.

También en este momento la poetisa creyó ver su sombra. Un relámpago demoníaco de sus ojos verdes, cruzó por el espacio.

La poetisa, lentamente y soñolienta, cerró sus cortinas. Tomó su lindo espejo ovalado de plata de la consola, y púsolo sobre su regazo. Dejó caer sus cabellos en la hondura del espejo. Sus ojos de color de ópalo, bajáronse lentos y pesados a su fondo, siempre más profundo, allí donde había un brillo verde plata, como el de las aguas de un lago. Hacíanse pesados de sueño y enredábanse por los recuerdos como en el tejido intrincado de verdes algas.

«¿Soy yo tan distinta de ella, que es tan linda? ¿De ella a la que él ama? ¿No está mi cara llena de mi alma, madura del sol absorbido en mi vida plena? Yo sé que solamente en su alma está el hogar de mi corazón; no obstante debo, como una desterrada, caminar por el mundo. Río y nadie vió nunca la herida de mi pobre corazón expulsado. Pero ya amo mi duelo, ya mis noches son hermosas y alumbran de mis lágrimas».

En este momento apagáronse las velas, y una luz extraña caía en el cuarto por la abertura de la cortina. Ella la abrió completamente, y vió que la luna asomaba directamente por aquella ventana de la casa hechizada, que daba al otro lado del desván, hacia los campos. La luna parecía gigantesca. Entonces notó la poetisa, con asombro, que no era una ventana, sino un escenario.

Súbitamente se abrió la puerta y entró el marqués. Parecía más raro que nunca. Le pareció mucho más alto. Sus ojos ardían como dos discos de maleficio.

Ya, decididamente, era un marqués, exactamente como la poetisa había sabido siempre que él se hubiese presentado en días pasados. Su cara estaba también ahora cubierta de una máscara negra.

Hizo una profunda reverencia. Y dijo: «¿Ud. es poetisa, Madame?» Ella inclinó la cabeza; él continuó: «La casa de enfrente me pertenecía antes de ahora. Vea, sino, como la luz de la escena—yo dejé ya encender la luna—, despierta algunos reflejos de la antigua pompa. Verdaderamente se ve todavía, bajo el moho y el polvo que estos son muebles dorados. Yo soy, pues, Madame, dueño de un precioso teatro de títeres. Los muñecos son muy grandes, autómatas maravillosos. ¿Quiere Ud. seguirme y presenciar uno de sus dramas? ¿No debe ser una alegría para Ud., así en un lugar enteramente desolado? Su voz despertará la vieja casa, en donde todo, todo está muerto; solamente sus figuras vivirán; de verdad van a vivir».

Siguiendo el movimiento invitante de su mano, él había tomado asiento en un sillón grande. Al hablar, dibujaba con su daga, negligentemente, figuras en el suelo.

Enfrente, a la luz de la luna, la escena se hacía más y más precisa.

Entonces ella se dejó persuadir y le siguió, como en sueños, por la calle y sobre la alta escalinata.

El y ella entraron en la mohosa y vieja casa. Anchamente se ofrecían las gradas, en la vaga claridad de la luna. Sus pasos resaban. Desde las paredes miraban señoras y caballeros con pelucas blancas, con sus sonrisas vacías. El pasamano dorado lucía vagamente. En una honda hornacina soñaba una estatua blanca.

Las escaleras se hicieron más estrechas. Entraron en una sala grande. Allí se mostraba, bañada en la luz de la luna, la pequeña escena del teatro de títeres: una rotonda del parque, a cuyo alrededor se erguían dioses y diosas; negras copas de árboles grandes; y una pila que chispeaba en lucientes perlas de plata.

En la sala oscura, despertábase ahora, en los muebles dorados, un suave claror. En espejos ciegos se presentían honduras inciertas, perspectivas que daban secretos umbríos y en tristezas sin redención.

El marqués cortesánamente ofreció el brazo a la poetisa y la guió detrás de la escena. Allí, extrañamente vivos, estaban puestos los muñecos en un gran cajón. El marqués le enseñó las manipulaciones, y volvió atrás a la sala.

La poetisa quedó, a la luz de una vela, completamente sola con las figuras.

Las tomó del cajón.... y se espantó: eran, todas, las figuras que llevó en su corazón en todo este tiempo; a quienes todavía no había dado cuerpo, porque amaba algunas demasiado todavía y otras odiaba todavía en exceso; porque el dolor y el gozo, alrededor de ellas, ardían aún demasiado hondamente en su alma. Pero ahora se despertaban e iban pareciendo más y más vivientes. Como la poetisa las tenía en sus manos sabía ya que palabras hablaría cada una en el drama; cómo se encontrarían y se separarían; cómo cada coquetón estrechamiento de manos derramaría fuego en sus almas; cómo en el juego, finalmente, inflamariase a llamaradas, la bravia y desatada pasión, elevándose sobre la quieta noche de luna, en la inmensidad.

¡Blanco Pierrot, con la máscara inmóvil, bajo ella se consume tu vida impetuosa; jamás tranquilizado, siempre enredado, frenético juguete de la vida, tú, eternamente amado y perdido. Perdido por tí, mujer rubia, a quien yo odio, a quien mis dedos ahora sacan de mala gana del cajón. Como veneno quema tu dulce hermosura en mi corazón; tú sonríes como si no supieras nada de mi dolor, tú, demonio y Madona!

Ahora soy yo el destino en el juego que principia en este momento; lo manejo con los hilos en mis manos; así como yo era el destino en la vida verdadera, porque aun en este «tú» has crecido solamente por mi miedo; y

por mi miedo te has hecho más y más fuerte, por mi miedo de perderle, a él, a quien amaba demasiado. Siempre estuve entre los bastidores y os veía. Mi miedo os prestaba las palabras, os daba las miradas, guiaba vuestros ojos y forzaba vuestros corazones.

Las figuras tomaban vida bajo sus manos: cantaban sus almas, rabiaban sus penas, gritaban sus pasiones y sufrían sus goces insatisfechos. Todo murió alrededor; solamente las figuras se hacían más y más vivientes; representaban el drama que súbitamente estaba listo, plástico y redondo. Pero, cosa rara, representaban ahora absolutamente por sí solas. ¿Cómo es esto? Hablan absolutamente por sí solas; se han convertido en seres vivos; pero en el pecho de la poetisa era como si todo hubiese muerto. Le habían robado el corazón.

¿En dónde está su corazón, que aún le había dolido en este instante? Estaba muerto. Estaba vacío. Estaba tranquilo, totalmente tranquilo.

Gritó: «Mi corazón, devolvedme mi corazón». Rogaba e imploraba; pero, sin vacilar, las figuras siguieron representando.

Entonces sus lágrimas cayeron, como lluvia copiosa, sobre el escenario.

El marqués batía las manos; los muñecos hacían cumplimientos por sí mismos, porque la poetisa ya no tenía los hilos en las manos. El marqués aun batía las palmas. La poetisa se dejó caer de rodillas delante de él, y le rogó:

«póngalos otra vez, en el cajón, porque ellos me han robado el corazón; ellos han absorbido mi alma, han bebido mi sangre, ¡yo le imploro! Dígame, ¿qué puedo hacer? Ahora estoy como muerta y sin corazón».

Regresaron las figuras a la luz de la luna, fuera de los bastidores. Se tomaron las manos una a otra, se detuvieron en semicírculo alrededor de la rotonda, y profundamente se inclinaron. Entre ellos la pila chispeaba sus perlas de plata en la altura.

Entonces el marqués rió con su risa perversa y diabólica, y las figuras rieron con él, en un tono fino y estridente.

Un temblor fantasmal estremeció la casa. La luna se apagaba. Mudóse todo en oscuridad. La poetisa vió aún, cómo el gran gato se movía por la ventana del desván.

En donde antes había estado la escena, se abría una ventana grande al infinito de la noche. Un olor de moho llenaba la pieza del desván. Harapos y muebles indistinguibles yacían por todas partes dispersados.

La poetisa entonces corrió, presa del espanto, y bajó las escaleras. Sus pasos resonaban mil veces en el eco, como el de una muchedumbre fantástica y espantosa que estuviera persiguiéndola. Con mofa coquetona, los retratos de las blancas señoras empolvadas le seguían con la vista. Corrió por la calle, penetró en la posada, y subió a su habitación.

Todo había cambiado allí, y le pareció extraño. El espejo sobre el que había soñado, estaba quieto. Miró largamente en su hondura. Un reflejo vacío! Todas las rosas, con las que había adornado su cuarto, no hablaron más con ella. Se inclinaban sin sentido contra sus mejillas y con suave ruido dejaban caer sus pétalos, sin compasión.

Se sostuvo apoyada contra el marco de la puerta y sollozó: «Mi corazón ahora está vaciado, vertido como vino. ¡Ay, vosotras cosas muertas que yo he empapado con mi abundancia, volved! Abrios, ofrendaos!»

Tomó el espejo de plata de la consola y habló: «Deja aparecer la imagen de la otra en tu cristal que yo rabio en mi tormento, porque mejor es padecer que estar muerta».

Pero ella vió solamente su misma cara pálida y dolorosa. Y todo alrededor quedó tranquilo.

Vacilando apareció la aurora. Tocaba una campana.

Entonces la poetisa comprendió que debía salir a la lejanía del mundo, para buscar su corazón.

Cuando hubo amanecido, se encaminó abajo, a la calle.

Con toda pompa la procesión, con canciones y tintineo de campanillas, marchaba al encuentro de ella. Y ella no lo sentía.

Pasó por el antiguo arco de la muralla, atravesó los claustros y penetró en la iglesia.

A la luz de los vidrios multicolores se arrodilló y rezó; pero Dios estaba lejos, y no envió su mensaje.

Tomó el hábito de los peregrinos.

Caminó por el país ardiente. Regada con la sangre de sus pies, crecían más lezanas las amapolas rojas, entre los cereales amarillos.

Y cayeron las lluvias. Llegó luego el tiempo de la cosecha y el otoño. En maravillosos colores rojo y oro, colgaban las frutas en el follaje verde oscuro.

Ella reposó bajo las ramas de un roble poderoso. Había un susurro en el follaje abigarrado, y se convirtió en palabras.

«¡Espera, aun, espera! ¿No nacen flores de las semillas muertas? ¿No maduran los cereales, creciendo de los granos muertos en el seno de la tierra?»

Y siguió ella caminando en el invierno. En la nieve blanca aparecían flores rojas de la sangre de sus pies.

En las posadas del camino y en los castillos de la cumbre de los montes, en las ciudades grandes y en las aldeas con campanas soñolientas, ella buscaba el mensaje de su corazón perdido. Pero todo permanecía quieto, todo muerto.

Llegó la primavera. Flores multicolores estaban esparcidas en los prados. Sobre la alfombra de tiernos musgos venía un joven hermoso y riente; en la mano izquierda tenía una gran copa tallada en una sola verde esmeralda,

cuyos rayos brillaban como otro sol; con su derecha echaba flores y más flores sobre los árboles, sobre los vallados y sobre todo el suelo.

Relucían con su blancura las vestiduras del adolescente.

Encontró a la poetisa en el prado. Cuando ella vió sus ojos en que brillaba el azul del cielo, ella le reconoció: era el genio de la primavera.

En ese instante, de nuevo conmovida, se arrodilló delante de él.

El se inclinó sobre ella, tomó de su copa una luciente rosa roja, que temblaba y palpitaba en su mano.

Y la poetisa vió, que era, por fin, su corazón.

El la bendijo y sonriendo se alejó.

En ese momento ella sintió como su corazón se movía en su pecho; se elevó, arrebatada de dicha fervorosa y dando gritos de júbilo, al igual que las campanas que sonaron en los alrededores y al canto de los pájaros que subía a las alturas del cielo.

AMOR DE DIOSSES

AMOR DE DIOSSES

Sobre un globo, encima del techo de un gran bazar, erguíase Mercurio, el mensajero ordinario de los dioses. Antes se le había adorado como dios del comercio; por eso estaba de pie tan arriba, como un simbolo, y elevaba su artistica vara de heraldo hacia el cielo, como si quisiera en este momento tender el vuelo directamente a las nubes. Mientras ya había levantado uno de sus pies alados, seguía apoyado ligeramente, con la punta del otro, sobre el globo, como un equilibrista.

Enfrente se hallaba la Opera. Encima del techo de ésta, Mercurio veía diariamente a su hermano el dios Apolo. Este, con su cuadriga, parecía tomar rumbo al espacio, en dirección de Mercurio. La cabeza de Apolo estaba rodeada de una corona de laurel, porque era el dios de los poetas, del canto y de todas las bellas artes.

Mercurio y Apolo habían peleado muchas veces, en su juventud, como todos los hermanos. Mercurio había cambiado, por la linda vara de



heraldo, la lira que él había inventado, extendiendo unas cuerdas sobre la hueca coraza de una tortuga. Así resulta que los dos dioses se debían sus insignias el uno al otro. Desde este tiempo ellos habían concertado la paz.

Apolo era el dios de las nueve musas, de las cuales cada una protegía un arte. Cuatro de ellas estaban a un lado y cuatro al otro de la cuadriga; pero una de ellas guiaba los caballos. Era ligera y graciosa en su vestidura de ricos pliegues suavemente arreglados, como si quisiera cernerse sobre el techo, para bailar. Efectivamente, era la musa de la danza, Terpsícore, la favorita de los dioses y los hombres. Y así, porque ella era la más ágil de las musas, se le había dado el encargo de correr al lado de los caballos. Muchos sabios en la ciudad decían que esta disposición no era exacta, porque jamás había sido esta la ocupación de Terpsícore.

El dios Apolo, inmóvil y perdido, veía de rechinamente a la lejanía, y pensaba en versos y en muchas cosas maravillosas del arte. Así, naturalmente, no observaba que las miradas de Mercurio y de Terpsícore, ambos ligeros como el aire, siempre se encontraban, porque él y ella se amaban desde largo tiempo atrás.

Una vez al año, los antiguos dioses se despiertan para vivir; es el primero de Mayo, en la noche de Santa Walpurgis.

Después van presurosamente por los aires; sus voces suenan libremente, y la noche resue-

na con sus fiestas y con sus canciones. Hay muchos lugares en el mundo, en donde cuentan y bailan y cantan, y se abandonan al goce del recuerdo de su antigua patria griega, o también de su segunda patria, la antigua Roma.

En la ciudad de mi cuento, los dioses tenían la costumbre de encontrarse en el extenso techo de la Opera.

Los hombres no ven todo esto; a lo más, una vez, algún nacido en domingo; los ojos de todos los demás quedan cubiertos de sombras.

Frecuentemente había ocurrido ya que Mercurio y Terpsícore pudieran hablarse en una noche tal; y lo que les hacía harto felices era que podían bailar juntos.

Apolo entonces arrancaba sonos de su lira, en acordes encantadores; Euterpe, la musa de la poesía lírica, tocaba su doble flauta; Erato pulsaba un instrumento de cuerdas; y las otras, cantaban.

Cuando al fin, Erato, la musa de la astronomía, con una pequeña varita, tocaba el globo del firmamento que tenía en la mano, entonces principiaban, despertadas a la armonía, a resonar todas las estrellas del cielo.

Cuando se iba por la calle, sobre cuyo espacio intermedio Terpsícore y Mercurio se miraban, se levantaba, a través de las casas, un antiguo palacio. Toda la fachada de este palacio estaba cubierta por una fontana inmensa, junto a cuya gran taza de mármol, el dios de los mares, Neptuno, guiaba su carro, en

forma de concha, tirado por gigantescos caballos de mar, a través de las aguas, como si quisiera ir hacia lo alto de la calle.

De todas partes de la fontana subían chorros de las gargantas de los monstruos marinos y de las bocas de los delfines; de las paredes precipitábanse las aguas brillantes sobre las rocas; corrían sobre almohadones de tiernos musgos verde oscuros; y rezumaban, lenta y tranquilamente, en perlas de cristal, por entre las húmedas y misteriosas hendiduras de las piedras.

Era una fuente maravillosa. Siempre había alrededor de ella una frescura deliciosa y un fino cascabeleo de plata por la caída de las gotas.

El dios de los mares, Neptuno, viejo poderoso, de barba larga y flotante, tenía en su mano un tridente como insignia. Con eso tenía a sus subditos en gran temor, y así los dominaba.

En la noche de Santa Walpurgis, Neptuno siempre manejaba su carro, con ruidos chasqueantes de las aguas, fuera de la taza; lo guiaba por los aires hacia arriba, al techo de la Opera, en donde era saludado con hondo respeto.

Otra vez el aniversario de la noche de Santa Walpurgis. Con el principio del crepúsculo se desencadenó una tormenta formidable, la primera en esta primavera. Granizaba y estallaba la lluvia; los relámpagos chispeaban con su pálida

claridad, entre los truenos retumbantes, y así continuó hasta el anochecer.

Todos los dioses llegaron, uno después de otro, siendo saludados, con el ruido de grandes ovaciones, por los ya presentes en el techo de la Opera, chorreando por la lluvia y llenos de alegría y de risas divinas.

Por fin, haciendo gran ruido, el carro de Neptuno, aterrizó al borde metálico del techo de la Opera. Con gran majestad el dios del mar llevaba en alto su tridente, para saludar. Solamente a sus hermanos divinos les dió la mano. Quedó quietamente en su carro, con gran dignidad, como sobre un trono, rodeado de sus pueblos del mar.

Dejó desenganchar los caballos para abarcar todo con una mirada.

Terpsícore y Mercurio estaban ya juntos hacía largo tiempo y esperaban el comienzo del baile. Pero las diversiones de la noche no podían principiar aún, porque Jove, el padre de los dioses, el más alto de ellos, aún no aparecía, por el mal tiempo. Residía con su esposa y algunos otros dioses y diosas en el museo; y como todos ellos eran de yeso, no estaban acostumbrados a exponerse a la humedad.

Terpsícore estaba poniéndose triste a causa de esta demora de la fiesta; tenía también algunas amigas entre las diosas y las ninfas del Museo. Pero Mercurio no podía ver las lágrimas en los ojos de Terpsícore. «Ya tengo

una idea», dijo y desapareció. Terpsícore le vió todavía un momento cuando entró en una chimenea del gran bazar.

Muy pronto apareció de nuevo en los aires, y bajo cada brazo tenía un bulto oblongo, y voló en dirección al museo. No pasó mucho tiempo hasta que aparecieron todos los dioses y diosas del museo, acercándose por los aires; y todos llevaban grandes paraguas desplegados sobre sí, pues ese era el objeto que Mercurio había sacado del bazar. Primero llegó Jove, el padre de los dioses, y lanzaba rayos, con su mano libre, a la tempestad; a su izquierda iba Mercurio y mostraba, con su vara de heraldo, el camino hacia el techo de la Opera. Los otros dioses y diosas seguían en exacto orden de rango. Pero Juno, la madre de los dioses, faltaba.

Entonces hubo una gran risa y muchos saludos cordiales.

Terpsícore no podía alabar demasiado a Mercurio por su inteligente idea.

Por fin la noche se ha aclarado. Un olor delicioso de follaje fresco, de lilas, de lirios del valle y de muchas flores de mayo, difundíase hasta la altura de los techos. En la hondura de las calles, los árboles brillaban a la luz de las linternas, como nubes de finos y tiernos colores verdes.

Jove se había sentado en el carro al lado de Neptuno; aquel se mostraba ahora, sin su severa esposa Juno, que consideraba la digni-

dad por encima de todo, extraordinariamente afable y alegre. Su ausencia se había debido a que repentinamente tuvieron que ponerla en reparación por una enfermedad.

Todos los presentes se dispusieron ahora en semicírculo alrededor de los grandes dioses. Diana aun tenía que tranquilizar a su cierva arisca, mientras los otros esperaban que las musas comenzaran su música, para que se pudiera principiar, poco a poco, con el baile.

Pronto las musas se alinearon junto a Apolo, y comenzaron un lindo concierto de canto, acompañándose con flautas y violines. Urania tocó su globo del firmamento, y entonces todo el cielo se encendió con las estrellas que resonaban en dulcísimas armonías.

Los hombres, abajo, en la ciudad, sentíanse conmovidos por una suave melancolía, de especie celestial, al mismo tiempo, porque ellos pensaban oír una música resonante en sus mismas almas. Esta emoción de los corazones provenía de las quejas sombrías de Melpómene, quien deploraba los destinos de los hombres, sonidos que brotaban sordamente por la máscara serena que ella tenía delante de su rostro, y de la glorificación, por las otras musas, de todas las maravillas del mundo.

Finalmente Mercurio y Terpsícore pudieron bailar juntos. Andaban primero, como en un escenario sobre el techo; pero poco a poco el baile fué haciéndose más apasionado, y ellos, con gran entusiasmo de los espectadores, se

elevaron por los aires dando gritos de júbilo, acompañados de la música encantadora.

«Ay», murmuró Terpsícore, «¡con qué gusto querría yo ver, una vez, las maravillas del interior del bazar! Ciertó es que somos personas elevadas; pero, por mala suerte, no podíamos por eso marchar con el tiempo; y podíamos entumecernos en nuestra tradición. Así, hemos de permanecer inmóviles, fijos para siempre en nuestra misma forma».

«Tienes razón», le contestó Mercurio, «el tiempo ha pasado sobre nuestros restos. Verdaderamente ya estamos muertos; nos hemos quedado sin los templos en que la gente nos adoraba. No somos más que pobres símbolos para los infieles. Pero tú y yo estamos todavía en buena situación, porque, por amor a la belleza, la gente de la ciudad nos renueva cada año, por mucho tiempo todavía. Hace un mes me han arreglado la nariz, como sabes. ¿No han hecho también algunos retoques a tu belleza?»

Terpsícore no podía enrojecer, pero miró al suelo con dulce vergüenza.

«Todavía tenemos los dos un largo futuro ante nosotros», continuó Mercurio; «podemos bailar y cantar, cada año, por una noche alegre y feliz. Y en cuanto a tu deseo de ver el bazar, es una cosa muy sencilla».

Antes que Terpsícore conociera sus intenciones, ya había desaparecido con ella, por la gran chimenea.

En el interior del bazar también se oía música, pero muy diferente de la que recién habían abandonado. No les pareció muy linda. Mercurio, que estaba enterado, evidentemente, de las cosas del bazar, acercóse a una mesa del depósito de lámparas y cogió una linterna eléctrica de bolsillo. En el cono de su luz encontraron el ascensor que les condujo a la parte baja, de donde provenían los sonos de la música.

Terpsícore no podía salir de su asombro.

En el tearoom encontraron una lúcida sociedad. Todas las señoras de las vitrinas y de los depósitos de vestidos se habían reunido y daban un té bailable. Todo el día debían estar paradas como maniquies inmóviles, y dejarse mirar o llevar de un lugar a otro; pero ahora ellas querían gozar también, una vez, de un poco de alegría y de movimiento.

Todas las lámparas ardían con una luz discreta, dando una claridad llena de distinción.

De repente una señora lanzó terribles gritos de espanto: había visto a Terpsícore y Mercurio, en la oscuridad del cuarto vecino. Se asustó de sus caras pálidas y de sus ojos vacíos. También otras personas observaron ahora a los dos; y principió una desaforada vocería. La china del depósito del té, que servía a las mesas, arrojó su charol en una esquina y se escurrió bajo una mesa.

Pero uno de los señores conservó su presencia de ánimo; era un caballero un poco gordo y viejo, con una cara de mucha benevolen-

cia; tenía ya bastantes canas y un bigote plomizo.

«Señoras y señores míos», dijo, «¿por qué esta agitación? Parece que estos dos vienen del depósito de antigüedades: yo tengo mi mesa allá, muy en la cercanía, por eso yo sé, que son, probablemente dioses griegos, muy finos señores, a quienes solamente hay que modernizar un poco, para que no llamen demasiado la atención».

Todos esperaron respetuosamente, hasta que Terpsicore y Mercurio se acercaran. Se les saludó amablemente, aun cuando alguna u otra de las señoras escondió su risa maliciosa, tapándose con un pañuelo.

Una señorita extraordinariamente amistosa cuchicheó con Terpsicore, pidiéndole su confianza; lo mismo hizo el señor del bigote plomizo con Mercurio.

Entonces ambos van acompañados al depósito de vestidos, donde Mercurio recibió un fino traje de sociedad. Sólo los pantalones le quedaron muy cortos.

Con Terpsicore la cosa no fué tan fácil. El maravilloso traje de seda amarilla que la señorita le puso, era demasiado angosto. Y la señorita dijo que ya era lo más ancho que existía en el muestrario. Por fin se consiguió cerrarlo con la ayuda de muchos alfileres. Terpsicore recibió finas medias de seda; y en sus mejillas un poco de colorete; y finalmente ella

se encontró muy linda cuando se miró en el espejo.

Terpsícore y Mercurio regresaron con sus compañeros al tearoom. La casualidad quiso que entraran, al mismo tiempo, por dos puertas opuestas. Se miraron muy gustosamente el uno al otro; y a los sonos de la música, en medio de un gran aplauso, principiaron a bailar de nuevo.

Pero también otros señores querían bailar con Terpsícore, aun cuando era, casi con una cabeza, más alta que ellos. Y así, se le ocurrió a Mercurio que él también debía ofrecerse a las otras señoras, quienes podían, cómodamente, apoyar su cabeza contra su pecho de dios. Parecía que encontraba extraordinaria alegría bailando con una señorita de rizos negros y de ojos como cerezas, maravillosamente lucientes. Estaba vestida con una bata elegantísima de colores rojos. Las uñas, en sus pequeñas y finas manos, lucían como perlas y rivalizaban con las lentejuelas de su bata. Y su boca parecía un as de corazones.

La tertulia fué haciéndose más y más divertida. También la pequeña china, ya se había familiarizado, después de su susto, y servía el te. Los monos, del depósito de juguetes, con altas gorras blancas, se estaban desempeñando como pasteleros. Andaban ofreciendo pastelitos finísimos. Pero, desgraciadamente, cometían muchos abusos a espaldas de los circunstantes. Uno ya estaba encaramado en la

araña de cristal, y desde allí arrojaba pastelitos contra los bailarines.

En el momento en que Terpsicore conversaba animadamente con un caballero demasiado elegante, con cabellos rubio claros, que le declaraba el funcionamiento del almacén, vió, como en una esquina Mercurio furtivamente daba un beso a la dama negra. Terpsicore estalló súbitamente en una ira bárbara. Con sus fuerzas divinas empujó al caballero contra un espejo; el espejo se estrelló a la vez que el bailarín, mientras ella se refugiaba, con un grito de celos, en los brazos de Mercurio.

Con rabiosa gritería de ira, toda la reunión corrió detrás de ella, para tomar venganza por su colega.

Mercurio, que solamente había bromeado, comprendió en seguida que su querida Terpsicore estaba en peligro. La abrazó y corrió con ella al ascensor. ¡Qué suerte que ellos tuvieran tan largas piernas de dioses!

Dentro del ascensor, echaron al suelo sus vestidos prestados y después se elevaron por la chimenea, mientras la gritería de ira les perseguía.

Sobre el techo de la Opera, encontraron en pleno auge la fiesta. Tuvieron que sufrir muchas bromas a causa de su desaparición.

Euterpe, en este momento, declamaba graciosas poesías que alababan la primavera y la vida divina de la antigua Grecia.

Pasó la noche demasiado pronto. Ya se dijeron: «Hasta la vista en la próxima noche de Santa Walpurgis». Jove se despidió el primero y emprendió el regreso con sus compañeros del museo. Se le encargó muchas salutations para Juno, a quien se le deseaba una pronta mejoría.

Mercurio y Terpsícore estaban juntos, y llorando, al pensar en el largo año lleno de ansia.

Ya hace tiempo que la luna está acercándose al borde del horizonte. Ya todos habíanse despedido.

En este momento se oyó como el carro de Neptuno chasqueaba detrás de la laza. Después, Mercurio, el último de todos, voló sobre la calle a posarse en su globo. Probó un poco su difícil posición, hasta que el globo se estabilizó.

También Apolo y las musas ocuparon sus antiguos asientos.

Todo entumecía. Y la luna desapareció.

HERMANA EN EL DESTINO

HERMANA EN EL DESTINO

Era en el año de 1231.

La señora Fátima, de la corte de Federico II, el gran gibelino, estaba en Worms, en una pequeña y redonda alcoba de la torre, que el maestro de ceremonias le había destinado, después de la llegada de la corte a la ciudad.

En este momento, extendía ella sobre el suelo sus maravillosas alfombras orientales; ponía almohadones, rellenos de plumón, cubiertos de sedas multicolores, procedentes de su lejana tierra asiática, junto a las paredes.

Distribuía sus laudes y exóticos instrumentos de cuerda, de formas raras y preciosas; sus finas cajas de Bizancio, talladas en marfil; sus pieles, velos y tejidos de seda, y colgaba, al fin, telas pesadas, con muestras fantásticas, junto a las puertas, para amortiguar los sonidos fuertes.

En una esquina un movimiento: un poderoso bulto de piel amarilla adquiere vida, se levanta, se dilata flexiblemente; y en la media luz de la alcoba se acerca servilmente un gran

león, con la bostezante fauce desmesuradamente abierta y con los ojos que lanzan fosforescentes chispas: es el último regalo del Emperador.

Ahora Fátima está tendida en los suaves almohadones, sumida en sí misma, en la imagen que aparece en el brillo metálico del espejo de plata, que su lánguida mano tiene sobre las rodillas. Algunas veces un peine de marfil se mueve entre los cabellos negros; después lo deja bajar con lento ademán.

Sueña.

Desde largo tiempo atrás, la amada del Emperador, estrechamente unida a él, en rara e indisoluble amistad, era una aparición apreciada en la corte de Palermo, en donde Federico II, Emperador del Sacro Imperio Romano, tenía su residencia, siendo, al mismo tiempo, Rey de los Normandos. Fátima había subido desde la famosa fábrica de alfombras en Palermo, que estaba bajo el protectorado del Emperador y de la corte, hasta su posición de ahora.

Las más lindas muchachas y muchachos, la mayor parte de origen oriental, trabajaban allí. En las fiestas y paradas, ornados con vestidos iguales, ellos contribuían mucho a la pompa y magnificencia imperiales. En el conjunto de toda esta juventud floreciente, de esta fresca hermosura, Fátima había sido, cuando el Emperador principió a amarla, la más linda. Era la hija de un Emir, robada por piratas. Un caballero de la corte de Federico la había

encontrado en Rodas; y, conmovido por su hermosura, inteligencia y delicadeza, la había llevado a la corte de Palermo. Allí principió su ascensión.

Pronto el Emperador tuvo el gusto de verla en su cortejo. En todas sus expediciones, infatigablemente llena de afán por viajar, una hija de nómadas, eternamente joven, lo mismo que ahora, ya con algunos hilos de plata en sus cabellos, ella comprendía, lentamente, que pertenecía al Emperador; que se envejecería con él, que subiría y bajaría con él, siempre desasosegada como él, tejida en la alfombra de su destino, como una figura frecuentemente olvidada, pero siempre encontrable.

El león se estrechaba más cerca a ella. Se hacía más oscuro el aposento redondo. Los ojos del animal chispeaban más intensamente. Ella acariciaba su cabeza poderosa. En las viejas calles caía la luz de la luna y hacía relucir los pequeños vidrios redondos.

Todo estaba tranquilo.

Fátima se levantó y se inclinó fuera de las gruesas murallas de las ventanas estrechas.

¡Cuán extraordinariamente íntimas y también un poco tristes estaban las calles abajo; muy estrechas y, a veces, ensanchándose! Una casa, talvez un poco más vistosa, descansaba en columnas edificadas en saliente; todas sin orden, levantadas encima del desigual pavimento; las demás eran de madera; algunos edificios con un saledizo como una nariz grande y fea.

¡Cuán diferentes eran las noches de luna en las ciudades del sur!

Abajo, en la calle, las sombras eran lúgubres y perfiladas.

Ahora pasan, —extraños en este lugar—, unos negros del cortejo del Emperador; y más allá unos sarracenos de la guardia de corps.... Los ciudadanos debían quedarse en sus casas a esta hora. Algo lúgubre llenaba el ánimo de la ciudad.

«Enriquito», el hijo del Emperador, estaba preso en una torre. El Rey Enriquito, el trovador, el rubio, el rebelde Rey, representante de su padre en Alemania, era por mucha gente ardiente y secretamente amado; el ídolo de las mujeres y los pequeños burgueses; amado más hondamente que el Emperador extraño. El Rey Enrique se había levantado contra su padre; y ahora esperaba la sentencia.

Ya los negros y sarracenos se perdieron en las sombras de las calles, como un último recuerdo de la soberbia entrada del Emperador.

Cuán exuberantemente habían pasado por las calles las cuadrigas, ese día, que ahora iba tranquilamente agonizando; las cuadrigas cargadas con preciosidades, rodeadas de animales extraños: dromedarios, camellos, monos, leones y leopardos.

Hombres de piel negra, con turbantes blancos, rientes, y mostrando sus blancas dentaduras, llevaban en anillos de oro los papagayos

que iban pavoneándose, hablando y dando gritos risueños.

Como en una mágica y multicolor fantasmagoría, la parada había pasado, por el bochorno de la ciudad, en la borrachera de la música excitante del Oriente: heraldos, caballeros, mujeres en literas o en caballos de raza; luego un séquito de niños blancos y solemnes, con coronas de flores en los cabellos; y entre ellos, noble y sobresaliente, en un caballo blanco, con un vestido púrpura bordado con águilas de plata, el hermético, impassible e inaccesible Emperador.

Las calles iban haciéndose más y más tranquilas.

Suntuosamente, por sobre todo el contorno, elevábase la catedral. En un monasterio sonó una campana para la oración.

Un caballero aislado apareció en la calle. Se detuvo cerca de la casa de Fátima. En la mano tenía la pequeña arpa de los trovadores. ¿Va a cantar? Una rosa cayó sobre él. El la toma y la besa; eleva el rostro hacia Fátima y esconde la rosa en su vestido. Entonces se aleja titubeando.

El caballero Reinaldo, piensa Fátima. Quería cantar, y cuando me ha visto, perdió el valor.

Fátima conocía al caballero alemán desde la corte de Palermo. Sus ojos siempre gustosamente se cruzaban. Ahora, en el solemne fausto de la entrada, él y Fátima se habían encontrado repentinamente.

Fátima soñaba todavía un poco en la noche de luna.

Cuando ella se volvió y miró atrás, a la tranquila alcoba, llena de luz de luna y de sombra, estaba junto a ella, esbelto, nervudo e inmóvil, de mediana estatura y los brazos cruzados, el Emperador. Un abrigo negro caía rectamente de sus hombros. Bajo el capuchón ardían los ojos claros y dominantes. Un mundo estaba concentrado en el foco de la figura inmóvil. El león se estrechó contra el dueño de otros días.

—«¿Cogió la rosa?»

—«Sí», dijo Fátima, en voz baja y terca-
mente.

—«¡Nuevamente, uno que se ha abrasado al ardor de tus ojos! ¿Tienes, otra vez, la idea de casarte? ¿Esta vez entronizada en un castillo de fastidio, encima de una roca aislada, encerrada detrás de pequeñas ventanas y de murallas gruesas?»

—«Señor, voy haciéndome vieja y solitaria; tengo ansia de mi propio yo, por el amor de un esposo, por niños y por mi futuro».

—«Niños», dijo el Emperador, «que pueden estar tan lejos de tu sangre; en quienes pueden renacer linajes lejanamente muertos; niños de quienes tú nada sabes, que crecen sobre ti llamados por el grito del tiempo»

«El pobre lindo Rey en la torre....» quería principiar Fátima tímidamente; pero los ras-

gos del Emperador se tornaron tan duros que ella se calló.

—«Señor, vuestra tercera esposa está en camino desde Inglaterra. La corte y las ciudades se preparan para su recibimiento. Señor, esta vez, dejadme libre».

—«Ay, tú, de sangre inquieta, virgen eternamente joven del desierto, a cuyo alrededor está el encanto de las lejanías, el hechizo de la fata morgana, el incendio abrasador del medio día; el sol ardiente y la frescura del oasis; muchacha de las carpas, eternamente sin paz, como yo mismo.... ¿No comprendes lo falso de tus deseos?»

—«Yo no sé», dijo Fátima, aun más tercamemente que antes. Pero el Emperador la tomó en sus brazos y la besó.

Todo se tranquilizó.

—Qué diferentes, pensó Fátima otra vez, como en un sueño, son las noches de luna en las regiones del sur. La luna sobre ligeras filas de columnas; pilas de plata, sonantes de perlas; arbustos blancos y ciudades soñadoras, blancas y armoniosamente estrechadas contra las colinas.... ay, tierra amada!...

.....

Habían pasado algunas semanas. La joven Emperatriz Isabel de Inglaterra, había hecho su entrada en Worms. Las fiestas no se terminaban; la ciudad y el río estaban como en una borrachera y en un eterno movimiento.

Fátima pasaba tranquila y serena por todos los festejos. Pero sus ojos vagaban a veces y ardían como un animal preso, antes de la evasión. Entonces los claros ojos del Emperador la sorprendían y la embelesaban. Esta lucha muda no encontraba su erupción en palabras, porque el Emperador evitaba a Fátima en estos tiempos. Respetaba su dolor. A veces Fátima miraba larga e intensamente al joven caballero Reinaldo; entonces sus ojos buscaban los del Emperador apasionadamente y llenos de terco desafío. Pero los ojos del Emperador quedaban mudos; y entonces Fátima observaba cómo él se retiraría de ella, en su esbelta y nervuda flexibilidad, para echar chispas de ingenio al séquito que le rodeaba.

En estos momentos podía ocurrir que Fátima llevara a su caballero rubio al vano de una ventana, sentándose con él en un banquillo de piedra, cubierto de almohadones, y que charlara con él. El, por lo general, se quedaba tranquilo. Su traslado, a través de los Alpes, hacia la corte del Emperador en Palermo, en donde había encontrado a Fátima, le haría ensoñar en su pasado. En su recuerdo murmuraban todavía los arroyos espumantes; ardía aún el cielo del azul de gencianas sobre cumbres blancas; y Fátima, comprendiendo el alemán desde su estancia en la corte en Palermo, removía hondamente, a manos llenas, este ensueño, pintándole tan vivamente que la actualidad se hundía, y el caballero estaba pendiente

de los labios de ella, en un encanto siempre más grande.

Así fué, en efecto, en esta tarde, cuando los disfraces alborotaban por las salas, y Fálíma estaba al lado de su caballero en el vano de la ventana. Un claro de luna jugaba en los vidrios redondos.

Por las cámaras y las salas jugueteaba el vocerío. Los velones ardían en las grandes arañas de hierro, suspendidas de la techumbre, y en los rincones, claros a veces, o en otras, más sombríos. Los artesonados y los muebles lucían opaca e íntimamente en el igual suave claror. Solamente la gruesa guarnición de un armario brillaba un poco más.

El caballero Reinaldo, junto a ella, contábale algo de su castillo: en los inviernos, embravecíase la tempestad; de las tardes prematuras, en la cocina enorme, al rededor del hogar de piedras, sobre el que un venado volteaba en el asador, venado que había traído ahora a la casa desde la selva rielante en la blancura de la escarcha. Y como soñaba en las mujeres, siguiendo el movimiento de los grandes lazos de sus delantales, que gravemente arrojaban por la cocina; mientras sobre un arca se hallaba el abigarrado bufón de la casa, aspirando con narices esponjadas el suave oler del asado, igual que la jauría que estaba al rededor de él.

Fálíma sonreía a todo esto y deseaba sos-

tenér, quieta y soñolienta, su cabeza en el hombro del caballero.

Pero, repentinamente, apareció junto a ellos, erguido, inmóvil y negro, un monje que venía de la mascarada; el puntiagudo capuchón bajado sobre la cara, espantosamente quieto. En los huecos de los ojos ardía una mirada extremadamente clara y dominadora.

¡El Emperador!

«Idos, caballero», dijo una voz un poco incisiva y de pronunciación extraña; «idos a casa, á vuestro castillo; dejad la fiesta. Aquí está uno demás».

El caballero se levantó. Retrocedió un poco ante la majestad de la extraña aparición.

Era mucho más alto y más fuerte, pero, en este momento, fuvo que apoyarse contra la pared; cerró los ojos y se puso pálido cuando comprendió; y se marchó por fin.

Pero el Emperador, mirándola sin moverse, puso la mano sobre el hombro de Fálma. Y ella vió, de nuevo, el camino de su destino. Un quieto y casi íntimo estrechamiento en la mano pequeña y dura, fué la contestación.

Por algunas puertas redondas vió ella, a la distancia, a la joven, lucientemente rubia Emperatriz Isabel, sonriendo graciosa e infantilmente, y moviéndose en el baile, mientras los pajes agitaban hachones y ramos florecientes.

En el tablado, cubierto de alfombras, y bajo el baldaquino de tejidos, estaba el Emperador, al lado de su joven esposa Isabel de Inglaterra. Alrededor de la plaza del torneo, los balcones estaban repletos con la nobleza de los países del Emperador.

El Emperador y la Emperatriz, acostumbrados a sonreír, sonreían.

Todos los campeones fueron vencidos por el caballero Lobo, del castillo de los Lobos. Quebró todas las lanzas en homenaje a la señora Fátima, de la corte del Emperador.

Se murmuraba de un súbito y encendió amor del caballero por la mujer extraña, que ella no correspondía.

Fátima se hallaba sonriente entre algunas nobles damas alemanas que reconocieron como un placer dudoso el estar tan cerca de la amada del Emperador, y que mostraban rostros agrios, pero le dirigían, sin embargo, palabras benévolas a la linda extranjera, cuando el señor imperial miraba hacia allí, como burlándose un poco. Fátima contestó reservada, pesada y prudentemente.

«¿Cómo ha surgido este campeón para vos, mi señora?», preguntó la señora Imma, la joven curiosa y benevolente, alisándose los porfiados rizos que perennemente se escapan de las anchas trenzas, al lado de sus sienes. Fátima sonreía con su sonrisa inteligente: «¿Cómo nace un amor para nosotras, noble señora?» Ella lo dijo con la dulzura de los que padecen.

Imma inclinó la cabeza.

El caballero del Lobo había vencido a los últimos campeones.

Con el júbilo general, acompañaron a Fátima al balcón imperial, pusieron la corona de la victoria en sus manos, y el caballero del Lobo se acercó para recibirla. Inclinó profundamente la cabeza; Fátima abrió las correas del casco; y él mostrando su dentadura de lobo, la miraba riendo.

Ya la mano de Fátima cerníase con la corona encima de su cabeza, cuando con la fiereza de la tempestad, un caballero penetró en el palenque: deseaba luchar con el caballero del Lobo, pero no quería dar su nombre.

«Un caballero desconocido», gritó el heraldo en alta voz.

El caballero del Lobo, en la exaltación de sus pasiones, quiso vencer también a este adversario.

Duramente se desarrolló la lucha. Las lanzas se astillaron chasqueando cuando los dos campeones se arrojaron el uno contra el otro. Los caballos resoplaban. En las ramas de los robles poderosos, que extendían su sombra sobre el campo del torneo, enmudecieron las aves, que antes habían cantado, cuando Fátima estuvo a punto de coronar al Lobo.

Entonces, con un último golpe, que sacó de la silla al caballero del Lobo, el desconocido caballero quedó vencedor. El Lobo se revolcó en el suelo. Furiosamente se abrió la

visera, y gritó, con boca sangrante, a la cara del desconocido caballero: «Solamente por hechizo has podido vencerme, no en una lucha leal. ¿Quién eres, hechicero? Levanta tu visera, para que yo pueda verte tu cara de diablo».

El caballero desconocido vaciló. Pero por fin, con un ademán de tenacidad, levantóse la visera.

Un grito de ira se escapó de los labios del Emperador. Era el caballero Reinaldo, a pesar de que el Emperador le había desterrado de la corte.

Pero Fátima, que había estado sobre las gradas, bajo el trono de los emperadores, y que había seguido la lucha con ojos lucientes, levantóse y, sin miedo, se elevó en toda su altura. Sonriendo claramente, alzó la corona de la victoria, y con ardor en los ojos, que se hacía siempre más brillante, acercóse el caballero Reinaldo, dobló la rodilla, y las manos de Fátima ajustaron, lenta y dulcemente, las flores sobre su cabeza.

También el Emperador se levantó. El pie del que siempre se dominó señorialmente, golpeaba el suelo.

—«¿Qué tenéis contra el caballero desconocido, señor? ¡Perdonadle si es que ha cometido un crimen!» Así dijo la Emperatriz Isabel. «Allí habla, como veís, el amor».

¿Sabía ella? ¿No estaba su sonrisa un poco descompuesta? Entonces el Emperador

sonrió también e hizo a los dos gestos benignos.

Todos lo habían visto y lanzaban voces de aplauso para Fátima y su caballero. Y como todas las miradas estaban pendientes de la hermosa pareja, el caballero del Lobo se había levantado y acercado lentamente al balcón de los Emperadores. Y observó la mirada más y más inmóvil, más irónica y más dura del Emperador. Más y más apasionadamente encendióse la ira del caballero Lobo, por esa mirada. Acercóse airadamente, echó su guante a la cara de Reinaldo, le llamó otra vez un hechicero y le desafió para una lucha que debía verificarse después de una semana.

Pero la mirada del Emperador conservó una cruel ironía, y estaba fija, como una reclamación, en el caballero Lobo.

«¿Arriesgáis la lucha abierta contra el amor?» preguntó.

Indiferente por los sucesos del alrededor, todavía sonriendo, como un hechizado, Reinaldo levantó el guante. También en los rasgos del Emperador aparecía ahora una sonrisa, pero extrañamente maligna, cuando vio la cara desfigurada del caballero del Lobo, en la que la dentadura quedaba visible, con los dientes rechinantes.

Fátima y Reinaldo estaban juntos, tranquilos y erguidos, mirándose a los ojos; y no veían nada de cuanto ocurría en su contorno.

.....

Una semana había pasado.

Los Emperadores y mucha gente esperaban en los balcones y los tablados de la plaza del torneo.

Ya tres veces el heraldo había desafiado al caballero Reinaldo, a los palenques.

El no se presentó.

El caballero del Lobo, con cara obstinada, cabalgó por delante del Emperador y le rogó que, con esto, la cosa quedará terminada, puesto que el hechicero no se presentaba por miedo.

El Emperador se encogió de hombros y titubeó todavía. La Emperatriz sonreía sutil y raramente excitada.

En el balcón, entre señoras nobles, que sonreían sarcásticamente, estaba Fátima. Nadie veía su temblor interior, ni el extraño e inconcebible horror en sus grandes ojos negros.

El sol iba poniéndose más pálido.

Todavía titubeaba el Emperador.

El viento se convirtió en tempestad. Entonces, entre rayos y truenos, violentamente desencadenóse la tormenta; y a la luz de un relámpago cárdeno, un caballero negro, calada la visera, irrumpió en el palenque.

Todos creyeron reconocer, en la aparición, al caballero Reinaldo.

Fátima temblaba más fuertemente.

Algo como asombro apareció en la cara del Emperador.

Con un grito de ira y de miedo, el caballero del Lobo, dió la vuelta a su caballo, y corrió contra el desconocido caballero.

Solamente una vez crujieron los lanzones.

El caballero del Lobo cayó al suelo, como un árbol derribado.

Y en medio de los nuevos y terribles ruidos de los truenos, el caballero negro desapareció.

Al caballero del Lobo, que todavía estaba en el suelo, le alzaron la visera. El miró al rededor bráviamente y como loco de susto. Había espuma entre sus labios.

Cuando le sacaron los vestidos, no se encontró ninguna herida. Solamente sobre el corazón se vió una señal roja.

Entonces el caballero del Lobo gritó, como despertándose una última vez del sueño eterno, acusándose a sí mismo, con voz terrible, en el ruido de los truenos, de que había hecho matar al caballero Reinaldo, en la última noche, por asesinos pagados.

: Y murió.

Pátima, pálida cayó en los brazos de las mujeres.

Cuando abrió los ojos, vió, sobre su cara, destacándose del fondo de la tempestad, el lejano, frío, y un poco triste rostro del Emperador; el rostro fraternal, —como de un hermano en el destino—; de él que, como ella, nunca tuvo descanso... del gran Emperador.

.....

Federico II murió tempranamente, presintiendo la ruina de su familia, que se acabó con Conradino, el último.

Después de la muerte de Federico, Fátima se retiró a un convento siciliano.

NOCHE MELANCOLICA



NOCHE MELANCOLICA

**Recuerdo del Castillo de las Rosas.
(Copenhagüe).**

Queda, quedamente la luz de la luna se desliza por las salas pomposas de un hermoso castillo.

Enfadadas las sombras recogen sus largos brazos y retíranse a las esquinas.

Espantosamente, en un verde enfermo y un pardo herrumbroso, se abren las honduras de pálidos espejos. Reflejan un león dorado, salvajemente puesta la garra sobre un globo celeste, cubierto de astros relucientes; vagamente un reloj grande de guarniciones de metal, con el horario inmóvil, como una cara silenciosa parada por la muerte.

Fantásticamente se despiertan los cuadros, en las grandes salas infinitas: santos con cabellos ensangrentados, mujeres lindas y sonrientes; y ninfas blancas victoriosamente lucientes en la penumbra.

Blanco también el penacho, cayendo lozanamente encima del baldaquino, que, sostenido

por genios del amor, siempre rientes, se hincha encima de un trono para un rey y una reina.

Más allá, más allá corre la luna mística. Encima de un lecho real, sobre un cobertor de raso amarillo, ya reposa su luz verde y cansada. Como sobre un ataúd está posada la sombra de la cruz de la ventana, sobre el amplio lecho.

En las ventanas cuelgan rosas como pequeñas máscaras lúgubres.

Ahora la luna se ha detenido, redonda, amarilla y grande, en la ventana, con rejas forjadas, de una pequeña alcoba aislada.

Nubes de moho hacen pesado el aire, y se mezclan con la dulce fragancia de las rosas.

Y lentamente en la luz verde, se encienden con brillo dos grandes campanas de vidrio.

Dentro de ellas están, en tamaño natural, erguidos los bustos de un rey y una reina, vestidos, como en vida, de trajes pomposos de brocado.

Un gran topacio de oro despiértase lúcido, con cálido amarillo de miel, en el pecho de la reina, y concentra la luz y mira como un ojo ardiente.

Los inmóviles contornos de las caras parecen suavizarse; y los ojos comienzan a brillar, vívida y extrañamente.

Ella vuelve lentamente la cabeza, la orgullosa mujer. Atrevidamente florece la cara, saliente la barba sobre el cuello lleno; afilada la

curva de la pequeña nariz, los ojos plumizos, allaneros y fríos. Pequeñas las manos con muchas sortijas; pequeños, blancos y afilados los dedos como garras. Rizos negros se en-sortijan hasta abajo, como culebras sobre el pecho lozano.

Vuelve hacia él la cabeza, cuya cara es delgada y pálida, con pequeña y negra barba en punta. Sus ojos negros se clavan en los de ella. Entonces se bajan y él vuelve la cabeza con orgullosa lentitud. Después, de nuevo súbitamente se fijan en la luna grande y redonda. Parecen llenos de altanero desdén.

Una onda de hálito de rosas lucha con el moho. Blancos pétalos tremolan como mariposas por la ventana. El reloj de la torre comienza a tocar crepitantemente.

Media noche.

Ella mueve los labios. Todavía el vidrio ahoga su voz. Pero ya está libre, y suena lúgubremente, como separada por cortinas espesas, de todo lo que vive, y él, más allá, principia a escuchar quedamente.

Dice ella: «Ahora mi alma ha retornado a su vieja forma. Está todavía alrededor de lejanos mundos y busca. Se queja entre los arbustos en el inquieto viento que viene del mar. Y un poeta se detenía repentinamente y escuchaba, pero no comprendía, por qué de súbito era conmovido tan hondamente. Se cierne asombrada alrededor de distantes universos. Se deshace en el dorado rayo de la luz del

sol; y sin embargo no está libre. Quiere regresar a su antigua forma. Ayl habla tú, que estás muerto como yo: ¿en dónde está tu morada?»

Volvió la voz de él. Como indignado por una confesión desagradable, se demora, ecuanime, real y reservado.

Habló: «Estaba en las piedras, bajo la tierra, en donde crece la vena de oro; tras de sus huellas yo seguía toda mi vida. Arriba en la cámara recóndita están todavía las retortas y todas las herramientas de mi manía. Allá se despiertan ahora las salamandras, a la luz de la luna, las esmeraldas, amatistas, berilos y los cristales de roca; los esqueletos de animales y amarillentos huesos de hombres. Veo resueltas las leyes de la naturaleza extremadamente difíciles; y dominarlas era el gran sueño de mi vida. Y sin embargo, la forma de mi vida pasada atrae tan irresistiblemente a mi espíritu, que me refugio en ella, para que me retenga, porque es difícil el ser reabsorbido por el universo».

Pero ella dice: «Ayl que todavía una vez me refuiera mi cuerpo. ¡Que fuera, todavía una vez, recogida en el buen salvamento del seno de la vida ordinaria! Ya en tiempos pasados presentía mi extravío, cuando las nubes se tendían ansiosamente, en las tardes, sobre las tierras y el mar; o cuando la tempestad rugía alrededor del castillo, y mugiendo bajaba por las chimeneas».

Como de la lejanía regresó su voz: «¿No has reposado junto a mí, cada noche, cerca a mi corazón? Y no he sabido nada de todo esto; así como tú no has sabido que el círculo de los astros arrancaba mi espíritu hacia las alturas, y me hacía solitario y extraño, y lleno de frescura clara, que, sin embargo, era difícil de soportar, alejado de los hombres. A ti te creía sana y salvamente enredada en la buena envoltura que todos los hombres cubre cómodamente, a todos los que saben acogerse a uno de sus pliegues, para reposar dentro de ellos, por toda su vida. ¡Ay de los ansiosos, de las almas irredentas, que vivos están muertos, y no están muertos en la muerte!»

—«Yo reposé a tu lado cada noche. ¡Ay, gran soledad de todas las almas que todavía no han entrado en su centro, en Dios!»

—«¡Ay, jamás construída puente de corazón a corazón!»

—«¡Ay, soledad!»

—«¡Ay, desamparo!»

—«¡Soledad!»

—«¡Soledad!»

Un suspiro espiraba.

El reloj de la torre, crepitanamente, da la una

Del jardín sube la frescura del rocío.

Lentamente las sombras se arrastran fuera de las esquinas.

Un velo sombrío cae sobre la cara del reloj. Sobre los cuadros resbala la mano de la muerte y los diluye en más hondas lejanías.

Más honda quietud en todo.
Sueño más hondo y muerte más honda.
Quietud detrás de la ventana enrejada de
la pequeña cámara.
Fragancia de rosas, moho y luna.... ba-
jando lentamente.

EL MILAGRO

EL MILAGRO

Las siguientes apuntaciones de la Madre Consuelo fueron encontradas en un Monasterio dedicado a San Ildefonso, en Granada. Había recibido los estigmas; conmovió muchos corazones con el apasionado y arrebatador poder de su palabra; y fué santificada.

La editora ha hecho la prueba de traducir fielmente el contenido de ese documento, pero sirviéndose de un lenguaje que lleva los sentimientos de un tiempo pasado más cerca a nuestro conocimiento.

.....

«Así crecía y vivía, adorada por mis padres y mis amistades, una juventud preciosa; me decían frecuentemente que era amable y hermosa. Mi familia tenía ya la idea de casarme; y mi padre se burlaba con gusto del enrojecimiento de mis mejillas, cuando Don Fernando pasaba inopinadamente por nuestra calle.

.....

Un día estaba quieta, con los ojos abiertos, en mi fresco cuarto oscurecido. Había pasado durmiendo el calor de la tarde. Pero ahora volví en mí, lentamente. Había lasitud en mi alma, sueños de niña y relajamiento de los miembros. Pensaba en la inclinada y ancha escala de luz, por encima de la cual bailaban los rayos de sol, desde el universo hasta mi pequeña cámara aislada. Hacían brillar el cuadro de un muchacho riente, que comía una naranja chorreante de jugo. Su blanca dentadura lucía en la cara morena.

Hondamente, en los fondos, en donde cuerpo y alma se juntan, agazapábase la fuerza de mi juventud, y quería elevarse, en el baño fresco de la tarde, cuya entrada ya sentía en los ruidos más altos de la ciudad que se despertaba, y que, amortiguados, subían hasta mí.

Abrí las persianas y anchamente las puertas de mi balcón. Allí estaba de pie, sola, y elevada hacia las alturas en el calor empapado de polvo; y estaba expuesta a todos los ruidos que se lanzaban contra mí; indefensa aun entre los brazos del sueño: gritos de portadores de agua; voltear de ruedas; pasos y todas las campanas de la oración. Estaba confusa, y ví ofuscada las altas fachadas de las casas, ardientes de blancura, que ya se hacían un poco más suaves en las luces del atardecer.

En este momento, Don Fernando pasó lentamente por la calle. Alta y negra era su figura y dibujada en netos contornos, en este

todavía independiente deslizamiento y nuevo levantamiento de la tierra, del cielo y de la ciudad. Su cintura se balanceaba en un esbelto y orgulloso movimiento; y su cabeza estaba señorialmente levantada. Sentía que las fuentes de mi sangre entraban en las puntas de mis dedos, tanto, que se ponían como garras al redor de las rejas frías del balcón. Incliné la cabeza hondamente entre mis brazos; y, como por sí misma, cayó la flor de granado, desde mis cabellos, delante de sus pies.

¡Y entonces ocurrió!

Sentía que mi cuerpo se desmaterializaba; me tornaba completamente ligera y sumamente grande, y los vientos soplaban a través de mi cuerpo y de mis miembros. Sentía cómo mis brazos ondeaban sin voluntad, quedamente, como listones de telarañas, y me espanté.

Quise gritar. Pero mi voz estaba ausente de este juguete de los vientos que ahora era mi cuerpo.

Don Fernando miró hacia arriba, indagando, asombrado.

Miró hacia el lugar en que yo estaba. Su mirada oscura penetraba directamente en mi corazón, y hondamente miraba, a través de mí, en el cuarto.

Entonces comprendí.

Yo era invisible.

Alzó perdídamente en sueños la flor de granado, deshojóla y se alejó de mala gana, como en sueños.

Senti que él arrastraba mi alma, como con un lazo, detrás de sí; y que yo misma libraba con fuerza de su corazón. Las ondas de nuestros seres se buscaban y se atraían con halagos, para unirse como tempestades relampagueantes.

En el mismo momento venía Doña Elvira con su dueña por la calle, aquella extranjera de cabellos amarillos como el ámbar, y de ojos verdes como salamandras. Se contaba de ella que se me parecía, de una manera misteriosa, a pesar del diferente color de sus ojos y de sus cabellos.

Ella enrojeció por su saludo; él se detuvo; y yo senti, llena de terribles penas, que miles de chispas del incendio de su alma, que sin embargo estaba encendida por mi cercanía, de los ojos de él saltaron a los de ella.

Quedó parado, y sus ojos fueron tras ella, que, con sus cadenciosos pasos, ligeramente se alejaba.

Lo mismo se repitió dos veces todavía.

Y supe que era una elegida de Dios.

Y las puertas del convento se cerraron tras de mí.

.....

Era una noche de mayo. Como todos mis días y mis noches, estaba arrodillada en mi celda y clamaba a Dios.

En el jardín del convento cantaba un ruiseñor.

Mis labios entorpecidos, aturdidamente, murmuraban el rosario.

Me espanté. Algo crugió por los largos corredores. Quejas como salidas de las sepulturas, resonaban errantemente en torno, tropezaban contra las gruesas murallas, y rebotaban. Una vez, llena de horror, miré hacia fuera de la puerta. Un ancho rayo de luz de la luna caía oblicuamente, por una polícroma ventana, en el vacío, y jugaba en colores fantasmales. Las figuras pintadas en los vidrios, parecían espectros cerniéndose en el espacio nocturno.

Aun más espantada cerré la puerta.

Recé. Mecánicamente, las duras perlas pasaban por mis dedos.

Sonaba la risa de la ciudad, penetrando en mi soledad, la risa seductora de la vida. En el jardín cantaba todavía el ruiseñor.

Una onda de fervor y de súplica subió de mi corazón: «Oh Dios, ay, mi Dios», imploraba, «por qué me has arrancado fuera de mí misma, a mí que anhelaba las risas y los goces de la vida? Contéstamel Manifiéstamel Ven, ay! ven! por qué me dejas ahora?»

Creía tener cautiva mi alma, con todas mis fuerzas, para rendirla a El, el Todopoderoso, que me humillaba y me llamaba. Pero, encerrada entre mis manos, como en una jaula, ella palpitaba aceleradamente, como un ave; y escuchaba los sonos agonizantes de canciones, acompañadas de mandolinas, de los estudiantes peregrinos.

Ella se me escapó; y contemplé, parada en la ventana, paisajes y colinas que se extendían bajo la luz de la luna, como hechizados. Escuchaba todas las quejas y los suspiros de amor en los alrededores; y temblaba, en dulces emociones, con los sonidos de las serenatas bajo los balcones de la ciudad.

Vió una madre que estaba sentada en el círculo de sus niños, en un prado plateado por la luna; narraba fantasías, y todos escuchaban, con ojos agrandados, detrás de los arbustos, en que talvez las ninfas ligeras, perseguidas por faunos testarudos, querían deslizarse rápidamente fuera de sus follajes.

Vió dentro de una taberna, en donde los muchachos y las muchachas giraban en el baile en el cual los colores se arremolinaban salvaje y confusamente en el ardor de las luces flameantes. Sólo una cara pálida, altamente levantada, con ojos cerrados de pasión, bajo los cabellos negros y pesados, volvíase en curvas simétricas por el baile; pero, a veces, palpitaba la barba, con la boca, duramente cerrada, dirigida arriba al mozo, para besarle.

Pero yo quedé arrodillada y murmuré palabras sordas y vacías y mis ojos embotados miraban fijamente el cuadro azul de la noche, que estaba quieta en la ventana de la celda; y las estrellas punzaban dolorosamente, como lanzas, en mi oscuridad.

Estaba absolutamente vacía.

Evocaba el nombre de mi madre y de todos

los que yo había dejado. Pero ellos estaban petrificados como monumentos, atrás de mis pasos en mi memoria y quedaron inmóviles, erigidos sobre sus sepulcros; y una muralla vacía y negra, de la cual todos los recuerdos resbaban, era la entrada de su cementerio.

De súbito el aire se puso pesado con una canción sorda. Yo sabía que las monjas iban a la misa de la media noche. Yo no podía moverme. Andaban lentamente por pares, y como blancos fantasmas, llevaban velas encendidas en sus manos. Una oleada de armonías del órgano penetraba en mi celda. Ahora se abrió talvez el portón de la iglesia, y una luz macilenta cayó en el patio oscuro. Yo creía percibir una onda de incienso; y el inmóvil oro muerto de los altares reía maliciosamente al encuentro de las monjas que hubieran podido vivir, y se daban inútilmente a la muerte, llenas de esperanzas vanas en la revelación; hasta que, al fin, ellas mismas quedaban inmóviles y amarillas, como metales, y pesaban en las honduras del sepulcro, dentro de sus ataúdes.

Quizás, una vez, alguna se había despertado allá abajo, y forzado las tablas; y con los dedos aferrados al borde del féretro había mirado fijamente en la oscuridad, para reconocer, con exactitud lo terriblemente sentido: osamentas, muertes, ataúdes, ataúdes infinitos y negros; y, por fin, expiró, en el hedor de la putrefacción.

Pero mi alma liberada estaba quieta en

la ventana, y temblaba en goces ansiosos. Se cierne sobre colinas y blancos ríos lucientes, y sobre el mar, por cuyas olas saltaban las estrellas como pescados de plata.

En un jardín lejano encontró a don Fernando.

El echó a un lado su laúd y trepó, con movimiento rápido de sus manos, por las espalderas de albérchigos de una villa, a la ventana amarilla que estaba cubierta de delicadas cortinas de suaves encajes, pareciendo vestiduras de sílfidas empapadas en luz. Adentro de ella se presentía el interior familiar de un cuarto, en donde doña Elvira estaba erguida tras de la cruz de la ventana, con un traje azul, y la aureola dorada de sus cabellos rodeaba brillantemente su cabeza. Ahora abría la ventana con ligero ademán, se inclinaba profundamente, y sus labios recibían su boca anhelante.

Largo tiempo quedaron abrazados.

«Ay, querido mío», decía, «ahora estás tan cerca de mí, que mis ojos se cubren del hálito de tu respiro».

Sus blancos brazos le retenían; los encajes de sus mangas caían sobre su negra figura.... La lámpara se apagó. La luna desapareció tras de la techumbre.

.....

Me acosté, con una queja bravía, al pie de la cruz, y me desmayé.

Me desperté al son de una voz como de

plata e inconcebiblemente ligera como una campana de vidrio, que cantaba en mi celda. ¿Oyes, es que estaba toda la casa y todo el aire de los alrededores, llenos de este sonido?

Escuchaba. Milagrosa consolación me embargó. Levanté los ojos y ví al Salvador, plenamente, a su cara atormentada. Su cuerpo ensangrentado lucía blancamente en la oscuridad. Parecía crecer y se extendía, y se hacía más grande y más grande. Abrió lentamente los párpados pesados, y los revelados ojos hondísimos, en cuya luz estaban fundidas toda comprensión, toda bondad, todo refugio, toda ira y toda tolerancia para con el mundo, cayeron sobre mí y me miraron.

Abrió los labios.

Ya crecía su voz como truenos de campanas; los ojos brillaban como relámpagos esplendorosos que iluminaron mi interior; el espanto me echó al suelo; mi cuerpo se adhirió alrededor de la cruz y, al mismo instante, me arrebató hacia arriba en fervoroso éxtasis.

Decía la voz: «Ay, tú, pusilánime, que aún lloras por el uno, cuando yo quiero llenarte con las penas y los goces de toda mi creación: tú, que querías florecer para el uno, mira, tú tienes que florecer para todo mi mundo, y tus frutos han de ser imperecederos cuando te refundas en mí. Sal de este lugar y carga todos los sufrimientos de todos los hombres; y canta mi nombre para su consolación. Todo lo que has querido debes dejar; lo que era tu dicha

debes olvidar, porque solamente puede ser mi elegido, el que se quema absolutamente en mí».

Las palabras expirábanse. Quería hablar, pero mis labios estaban sellados. Claramente ardía el alma que antes era tan pusilánime.

«¡El milagro!», exclamé, dando gritos de júbilo. «Alabado, alabado sea Dios en las alturas».

Abrazada a la cruz, besé las llagas rojas, y me elevé alta y deleitosamente; me parecía como que ángeles invisibles sostenían una corona encima de mi cabeza!

Y de nuevo, como antes, se deshacía mi cuerpo; pero yo temblaba en una consciente adoración. Era elegida para ser igual a los ángeles y los espíritus aureolados; ya ningún hierro podría hacer sangrar mi corazón; y jamás mis suelas ligeras podrían posarse en una piedra, cuando pasara ensalzando a mi Dios por los caminos de los hombres.

Así sentí el misterio: ví como mi mismo corazón, sangrando y echando llamas rojas, se cernía en el espacio; le ví palpar en éxtasis ferviente, porque de todas las estrellas, de todos los árboles de mayo, de todos los corazones de todos los hombres, de los metales de las honduras de la tierra, y de las conchas de perlas desde los mares, había hilos tendidos a él, que le atraían violentamente a él que sentía y sufría todas las penas, todos los goces del mundo.

Toda criatura de Dios manifestábase a mí: Vi los pescados de ojos vidriosos, con escamas de esmalte, nadar por los flujos de los océanos; de sus aletas caían rayos de perlas de oro sobre los rojos arrecifes de corales; comprendía la indecible melancolía de sus miradas, y sabía que esperaban la redención.

Escuchaba crecer los cristales bajo la tierra, en las cavernas subterráneas, oyendo la dulce música de las gotas que caían; crecían en la penumbra misteriosa, al encuentro de su destino.

Los negros y poderosos pilares del infierno se rompían; oía los alaridos de los réprobos por la redención; veía arder, lentamente, con colores amarillos y azules de azufre, las llamas por las que se lanzaban los negros espíritus de la oscuridad infinita, sobre cuyas figuras jamás una luz despertó ninguna claridad.

Todos los astros sostenía yo fijamente en sus órbitas; llena de asombro y espanto, sentía como ellos me tendrían, así como yo a ellos; y como sus poderosas curvas grandiosamente circulaban alrededor de mí, en el universo.

Veía, llena de dulzura inefable la cara de la Madre de todas las gracias. Entre infinitamente florecidas estrellas, en una poderosa aureola de luz de oro, estaba puesto su trono de marfil; y su blanco manto, con orla de plata, lucía en un triángulo de nardos blancos.

Ya me parecía que mi corazón sólo no era capaz de cargar todo esto; más y más bravío

palpitaba; y con crujido de truenos, del que todos los firmamentos relumbaron, se rompía y estallaba.

Entonces ví, con asombro, que estaba rodeado de cinco llamas más pequeñas, que ardían y palpitaban como él.

Lenta, lentamente regresó mi cuerpo:

Y vi que había recibido las estigmas! Me sentía llena de milagrosas y de jamás sentidas fuerzas. Me elevaba y andaba, abajo en el jardín, como en una danza celestial.

Ofrecí mis manos: los pájaros bajaron de las ramas y bebieron de mi sangre; entonces sus canciones se hicieron más dulces, como provenientes del cielo. A las flores de mayo, que caían de los árboles, brindé mis heridas, y en ellas se hicieron más rojas y más hermosas.

La puerta del monasterio se abrió por sí misma y anduve por afuera, en el mundo. Y cantaba a todos los hombres y a todas las criaturas de Dios, de mi Dios; y ellos oían mi voz humilde; y las campanas de las iglesias sonaron por sí mismas, para su gloria.

**LA FANTASIA
DEL ROCOCO MORIBUNDO**

LA FANTASIA

DEL ROCOCO MORIBUNDO

I

La ciudadana Jeanne-Marie entró en la «rue de Paris» de la Concièrgerie. La lúgubre y alta sala gótica estaba dividida a lo largo por espesas rejas. Pasando por la que entonces se llamaba «salle des gardes», codeada por la muchedumbre y no pudo distinguir nada en el primer momento. Después vió a la izquierda el poderoso enrejado, enclavado en los arcos agudos. Tras de éste se encontraban muchos de sus amigos. Había venido para ver a Blanche, porque ésta había de morir ahora.

A la derecha de las rejas se agitaba incessantemente el París revuelto e hirviente, sea por curiosidad, o sea para hablar a los presos. Jeanne-Marie avanzó empujada por la muchedumbre y se quedó parada súbitamente, delante de las rejas. Era pequeña y graciosa. Lo frágilmente selecto y caprichosamente variado de su cara empolvada, parecía creado para el ambiente de un lujo más refinado. Ahora ella con su sencilla gorra

de balista, parecía una viuda que lo había perdido todo. Sobre el pecho tenía cruzado un chal de encajes, que también cubría los hombros y la espalda; y sobre éstos caían relucientes y sin obstáculo sus rizos de seda.

Blanche con sus ojos grandes y apagados, ya la estaba mirando. Estaba horriblemente azorada, casi sonámbula, y llorosa hasta la descomposición de sus rasgos.

«Blanche», murmuró Jeanne-Marie «¿quieres que regrese con un frasquito de veneno? Tú sabes: mi médico es afecto a mí...»

«¿Para qué? Esperaré hasta el fin», dijo Blanche, fuera de sí; «hasta el fin; allá atrás, en el pequeño y oscuro cuarto, me cortarán los cabellos, y esperaré. Subiré a la carreta, y esperaré. No quiero, no quiero, no quiero morir»... Gimoteando deja resbalar las manos a lo largo de las rejas.

Debilidad y desolación desgarraron el corazón de Jeanne-Marie. E inclinándose: «Mira, Blanche, aquí está Mignon; lo guardé para tí, acarícialo. ¡Hay que esperar un milagro! Espera: estás sin culpa, Blanche, mi pobre querida Blanche. ¡Un milagro!»

Al mismo tiempo un pequeño perrito que Jeanne-Marie tenía en sus brazos, quería acercarse a su dueña de antes. Pero Blanche se desplomó de nuevo, y el monótono zumbir de voces altas, que, como enjambres de abejas, bajo las bóvedas, sonaba al rededor de las columnas, se rompió con su grito estridente.

En seguida algunas personas llegaron al redor de ella; caras acongojadas, o benevolentes y pálidas; y otras que ya habían aprendido a soportar lo inevitable de estos lances, con ecuanime y buen corazón. Este fatalismo daba una impresión más terrible que el gesto de sublevación, que mostraron muchos.

Dos guardias, la bayoneta calada, por la fuerza arrancaron a Blanche de las rejas. Jeanne-Marie, gimiendo, apretó el perrito contra su pecho y huyó. Tenía la impresión de que las paredes rezumaban sangre, y que un olor de sangre la ahogaba. Los gemidos de los atormentados de todos los tiempos, en las cárceles más hondas de la prisión, le seguían como un aquelarre infernal. Ella huía más rápidamente. ¡Cómo estaba descuidada, la pobre Blanche, cuán abandonada, ella que antes fué tan distinguida!

Pero Jeanne-Marie no la comprendía.

«¡Jamás esto para mí, jamás! Este camino debía andar para aprender que yo soy todavía....»

Por miedo, ni siquiera tuvo el valor de pensar en su nombre de otro tiempo. Pero, no obstante, no comprendía el comportamiento de Blanche. Pues, ya que esto debía suceder.... entonces.... con ojos orgullosos y manos firmes....

La tarde de este día, Jeanne-Marie se hallaba parada en su pequeña sala y despedía al médico. El besó la pequeña mano apuntada,

con sortijas preciosas. Inclinandose, siempre atento, la miraba, con su cara arrugada, humana e inteligente. Una súplica evocadora había en esa mirada. ¿Tal vez hay todavía algún otro recurso?, preguntaban sus ojos húmedos. Pero Jeanne-Marie negó. Ella le acompañó todavía algunos pasos, y retiró su mano con ademán resuelto. Oyó que él sollozaba fuera de la puerta.

Volvió hasta el comedor. Sus pasos eran firmes; sus ojos miraban orgullosamente.

El viejo servidor, de cabellos blancos, estaba parado, en gran librea, detrás del sillón de ella. La vajilla de plata más buena ornaba la mesa. En colores de marfil mate aparecía la porcelana sobre un mantel de encajes, y daba suaves sombras violetas, a la luz de las velas. Círculos de arco iris se curvaban alrededor de las llamas en los candelabros y los candeleros. Por todas partes exhalaban su aroma las rosas, de dulce color rosa mate, en florecillos de china blanca. Las paredes de espejos reflejaban la luz más suavemente. Las anchas, airoosas curvas de los pies de los muebles dorados, parecían arabescos ilusorios. Por un alegre cielo de verano, volaban dioses del amor; y las flores que ellos derramaban, parecían cernerse en la sala. Sobre un alto zócalo estaba puesto un león chinesco que exhalaba nubes de ámbar en el aire. El perrito blanco dormía sobre el chal color celeste de Jeanne-Marie, en un sillón. Gemía en el sueño.

Jeanne-Marie miraba perdidamente por el cuarto: «Así éramos», se dijo así misma, cer-niéndonos libremente en el espacio infinito. Deshechos en espíritu, así como esta pieza está disuelta en los espejos; así nos volatilizábamos como el incienso fragante; y todo para nosotros mismos, sin un fin en parte alguna. Todo era juego, puro juego, para nuestros sentidos refinados.

Más hondamente siento ahora, como todo era juego, como nada me interesaba, como todo era baile, aladas ruedas de baile en el espacio vacío, multicolorísima fantasmagoría.

«Blanche, ¿por qué has muerto tan penosamente? ¿Están mirando tus ojos, allá por el resquicio de la cortina?»

Y volvió la mirada recelosa a un lado. El perrito aullaba dolorosamente en el sueño.

«Así era nuestro tiempo. ¡Así era yo, así eras tú, Blanche! ¿No estaba nuestra vida llena de sí misma y, a la vez, vacía? ¿Puedes romper el vacío? ¿Qué quiere decir, entonces, tu muerte, mi muerte? ¿Se necesita todavía un fin para algo, que ya no está encerrado en la mano de Dios? ¡Así era el tiempo, así era yo, así eras tú!»

De nuevo chilló el perrito, en el sueño.

«Sí», dijo Jeanne-Marie, con la mirada perdida, «ella ha muerto».

«Ahora apaga las luces, dejando pocas», dijo al sirviente, inclinando la cabeza hacia él, como en una despedida para largos tiempos.

«He cuidado de tí. Gracias por tu lealtad», murmuró. Pero el viejo sirviente, ya un poco cansado, no entendía nada de todo esto.

Jeanne-Marie estaba sola.

Por las calles había un aullido que crecía terriblemente, y se perdió.

Sus amigos colgaban de los faroles. Las cabezas caían roncamente en el canasto, al pie de la guillotina. Queridas, antes rientes, caras estrujó la muerte.

Se hundía en siempre más hondas reflexiones. ¿En dónde están las horas en que había charlado con amigos, de los tiempos futuros, junto a la chimenea, de tiempos que ahora estaban cumplidos de modo tan diferente y horrible? Ellos habían sentido, lo que oscuramente incubábase, bajo los arabescos de la actualidad tan encantadora.

Una noche, cuando lo inevitable se estrechaba más y más amenazante, Jeanne-Marie había dicho:

«Dios no creó elegidos ni condenados, en el principio. Es obra de los hombres. Eramos demasiado inteligentes para corregir el destino de manera justa. Pero hemos visto la injusticia sin conmovernos. Estamos condenados».

Y había humedecido sus labios con vino exquisito.

«Reconocía todo esto; pero era demasiado débil para desistir de lo más mínimo. Solamente las cosas más preciosas seleccionaba mi espíritu refinado para su aderezo. Sabía que

ellos tenían hambre; sufría con ellos cuando lo oía, pero yo seguía bailando; a veces les ayudé, a veces no. Pero en ellos crecía el odio por la indecisión de mi alma, odio, confirmación de sus ideas y terrible fuerza. Comprendían que nosotros sabíamos que estábamos maduros para la caída. Pero nosotros éramos obras de arte, que debían perfeccionarse por sí mismas; y todo era juego, juego para nuestro espíritu.

¡Levantaos, todavía una vez más, tiempos pasados del placer; fiestas ruidosas, venid y glorificad mi muerte! Todavía está clara y caliente mi casa. La araña de Venecia reluce como un arco iris. El oro de mis muebles está limpio de manchas profanadoras».

Por las calles corría un perseguido, en angustias mortales. Ahora una caída, un grito estentóreo; y de nuevo ¡sangre!, ¡sangre!

¡Matadero!

¡Sangre!

Pensó por un momento en la pelada cabeza de una vaca, de mirada fija, que una vez, desde su coche dorado, había visto en una carnicería. Había mucho azul en esa cabeza muerta, azul de venas hinchadas, grasa amarilla y muerta, y un terrible rojo de sangre.

Entonces fué cosa simple, para ella, acercar a sus labios el frasquito que el médico le había llevado; y lo bebió hasta el fin.

¡Verdaderamente, era fácil huir de todo esto!

Jeanne-Marie regresó a su pequeña sala. Se hundió hondamente en los almohadones de seda del sofá. Su vestido era de brocado celeste con encajes de plata mate. Era ella una creación artificial perfecta, y que se basaba en sí misma.

«¡Ahora, venid, amigos de mis días dichosos! ¡Sed mis huéspedes para la fiesta de mi muerte! A ninguno de vosotros os retenía, yo nada os di de mí misma y no tomé nada de vuestras almas; en las fiestas, quedaba aislada, y a vosotros os dejaba libres. Volved y dejadnos reír como antes. Yo muero la muerte de las almas libres, que pertenecen solamente a sí mismas».

Súbitamente vió que las paredes desaparecían. Las puertas se convertían en aberturas gigantescas, que se abrían entre filas de columnas blancas, en una media luz. Los cuadros desaparecieron y quedaron negros huecos en las paredes. De la consola habían desaparecido los espejos; tras del marco había una sala con lozanas plantas exóticas. Las plantas se balanceaban suavemente en un viento que no se oía. Papagayos blancos y multicolores se mecían en las ramas y gritaban quedamente, y traviesos monos les hacían bromas. Sobre la consola, en que había un reloj de bronce, penetraron figuras enmascaradas, del lado de

allá, a la habitación; o se arrastraban por el espejo inferior, por las patas curvadas de la consola. Otros venían por las columnatas o miraban fijamente por los huecos de las paredes.

Nubes de polvo rosado ondeaban suavemente por la pieza, en fantásticas formas.

Súbitamente, dos arbustos crecieron del suelo; se veía sus poderosas raíces oscuras. Hiciéronse troncos. Parecían dos figuras humanas. Tenían caras sombrías y ojos de ardor demoníaco. Sus miradas tiraban de las suyas de manera espantosa, como ojos de jueces.

«¿Hay, con todo, en esta tierra que quiero dejar por mi propia voluntad, un poder que me obliga?»

Los arbustos reían con una risa como el resonar del metal en las honduras de la tierra.

«Tú perteneciste a la tierra que se renueva eternamente. Has sido mujer. Has sido la última de tu linaje. Pero a todos los que te han amado has trastornado la cabeza, y después has quedado sola para jugar y bailar por esta vida, que pide de nosotros, que pide todas nuestras facultades. Tú cogiste, como piedras preciosas, los ojos de todos los que te amaban y los dejaste resbalar al fondo de tu alma. Allí estaba tu tesorería, con la que te recreaste en las noches oscuras. Se alteraba tu sosiego cuando había unas piedras que no estaban todavía en tu colección. Allí abajo, en tu alma eran todas guardadas en lo sombrío: piedras

de luna, ópalos de brillo húmedo, zafiros de luces azules, y piedras opacas como ágatas mates.

Solamente a veces relucían en la luz que caía por las ventanas de tus ojos. ¡Mira atrás de tí!»

Jeanne-Marie obedeció.

«Yo querría una fiesta».

«¡Tu fiesta se hará por un juicio!» Así gritó, con terribles voces, el coro de máscaras circundantes. Las porcelanas sonaban suavemente, los pastores y las pastoras, los dioses, los niños coquetones y los monos; y la flecha del cazador de encima del reloj de bronce, sobre la consola del espejo, temblaba todavía largamente. Como arabescos espantados ondeaban las nubes de polvo rosado en el aire perfumado.

Encima del espaldar del sofá había un fauno que miraba fijamente a Jeanne-Marie. Tenía una redonda cara roja, como a veces la tienen los hombres que gustan del vino y las mujeres. Llevaba un impertinente. Su busto era delgado y se perdía, bajo la cintura, en una piel de cabro. Una de las piernas estaba elegantemente puesta sobre la otra, sostenida con los brazos. Así la miraba.

«Aristide», dijo ella, «Aristide».

El inclinaba la cabeza melancólicamente y seguía mirándola.

«En aquella época», dijo él, «me besaste en la gruta fresca de aguas, en donde resonaban las gotas que caían de las rocas artificiales; uvas de vidrio colgaban entre el follaje

verde oscuro; a las aves mecánicas se les había dado cuerda, y ellas cantaban con trinos claros en la penumbra soñolienta, volteando graciosamente las cabecitas, y riendo te alejaste. Desde ese tiempo sueño en tí. Mi desdicha de no verme amado por tí, me ha convertido así en esto que parezco ahora. ¡Además, me has robado los ojos! ¡Ahora me pagarás por todo!»

Melancólicamente, miró su piel de fauno.

Ahora un pequeño Pierrot gordo vino, con grandes saltos, al encuentro de ella. Sobre su ancha y vacía cara estaba dibujado un bigote chiquitín. Su gorra ridículamente pequeña, estaba puesta en su cabeza grande. La mirada, su rostro blanco, incípido y sin cejas, estaba fija en ella.

«Me has dado de comer almendras, como si yo fuera tu mono, Jeanne-Marie; allí delante de la chimenea, con tus pequeños dedos puntiagudos me has saltado los ojos».

«¡Dejaos refrenar, todavía una vez! ¡Dejadnos bailar!», clamó Jeanne-Marie.

«¡No queremos bailar; queremos venganza! ¡Los muertos quieren venganza!», gritó de nuevo el coro de los enmascarados. Y sus voces expiraban entre las columnas, y volvían como un eco:

«¿Entonces, estáis muertos vosotros?»

«Nuestras cabezas están flojas, no más», reían maliciosamente, y tecleaban extrañamente en sus cuellos.

Un pequeño señor más viejo se abrió pa-

so. Alrededor de sus labios y de sus ojos palpitaban las finas arrugas de la malicia y de la ironía. Sin embargo Jeanne-Marie puso su confianza en él.

«¡Quería morir en una fiesta, mi amigo! Me creía libre y sin dudas contra la vida que quiero dejar; ¿y ahora,—comprende usted esto, mi querido....? No, no quiero decir su nombre; nuestros nombres son peligrosos—», dijo azoradamente.

«Ya es demasiado tardío este cuidado para mí; pero tenga confianza en mí, Jeanne-Marie; permítame que la llame así, en estas circunstancias. Yo quiero proteger a usted».

«¡Protéjame, protéjame!», rogó Jeanne-Marie, «hay veneno alrededor, en la atmósfera!»

«¿No lo ha tomado usted misma, Jeanne-Marie?» Sonreía con una familiaridad como de otro mundo; así como si ella fuera ya una muerta y supiera de los secretos de la tumba. Como si conociera los más hondos pensamientos de ella, continuó:

«Vamos a charlar como antes, para que usted pueda olvidarlo. ¡Sí! Todo era juego! Juego nuestros sentidos, que miramos como cosas interesantes fuera de nosotros mismos. Quiero probar el aclarar a usted todo esto, en el sentido del poder, que nosotros no conocemos, que está encima de nosotros, como parece. Grandes cosas se han manifestado a nuestro espíritu. Sabíamos qué significa la palabra *amor*, pero no amábamos. Sabíamos que quiere decir la pala-

bra *humanidad*, pero nos sustraíamos de trabajar en su compañía. Hablábamos de la *naturaleza*, pero la desfigurábamos. Hablo siempre, en el espíritu de poderes más altos, ¡prudente Jeanne-Mariel! Hablábamos hasta de Dios; aquí, delante de esta chimenea, hablábamos de Dios».

¡Dios! La palabra resonó retumbantemente en el alma de ella. Era el inflexible, el perfecto; la palabra en que todas las cosas, en el último fin, son unidas en un solo denominador. Era la unidad. Pero ellos eran arrebatados en círculos siempre más anchos, al vacío de la nada.

«Sí, mi amiga, así fué, así es», dijo a su lado el pequeño señor más viejo, como en una indecible melancolía. Entonces se inclinó hondamente sobre ella, y Jeanne-Marie vió que sus labios, en la cara espiritual, buscaban los suyos. Se retiró contra el espaldar del sofá, y se espantó, porque vió, que también él no tenía ojos.

Pero él continuó tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido.

«Quiero ayudar a usted, ¡mi amiga! ¡Acuérdese! ¿No ha florecido su corazón una sola vez? ¡Talvez esto pueda salvar a usted!»

Las nieblas rosadas se mezclaban con las nubes de ámbar del amarillo león chino. Las joyas relucían en la confusión de las máscaras y trajes de seda. Los amorcillos, pequeños dioses del amor habían bajado del cielo raso, volaban por la salita, y uno se acurruca en un sillón. A veces

los arbustos inmóviles reían con su risa demoníaca y metálica.

De súbito la mirada de Jeanne-Marie fue cogida mágicamente y obligadamente dirigida en una dirección determinada. Encontró unos ojos grandes y lucientes.

Con graves pasos lentos se acercó el amado de su juventud, el amigo de sus hermanos jóvenes. También el señor más viejo le vio e inclinó la cabeza hacia Jeanne Marie, como para darle nuevo valor.

«No he robado sus ojos: ellos fueron rebotados por el ardor de los míos», exclamó ella llena de esperanzas.

Pero el amado de su juventud se arrodilló delante del sofá, y puso el brazo bajo la cabeza confusa de ella. Se besaron largamente y olvidándose de todo lo que pasaba alrededor.

Las máscaras estaban quietas, en grupos delante del sofá, como en presencia de un drama increíble. Aristide miraba rientemente sobre el espaldar, y apretó el impertinente más fijamente en los ojos vacíos.

Súbitamente todos tomaron el sofá y lo pusieron encima del estrado, delante de la ventana. Una maravillosa cortina de brocado rojo constituía el fondo. Ya todos miraban fijamente a los amantes, como si éstos se presentaran en una escena. Los monos bajaron de las palmas de la otra pieza y se colocaron sobre la consola. Las máscaras se acucillaron

en semicírculo, en el suelo. Los dioses del amor se quedaron tranquilamente en el aire.

Jeanne-Marie, que parecía tan joven como antes, y su amado, no habían entendido a nada de esto.

Ella dijo: «¿Cómo ha sido posible, que yo no pudiera retener una dicha tan grande? ¿Hay a veces, un deslumbramiento sobre nuestros ojos? ¿Qué ocurrió? ¿En dónde estoy? ¿Por cuál sección de la eternidad corre la estrella de esta hora? ¿No había espanto alrededor?».

«Recuerdas todavía», murmuró el joven, «recuerdas todavía el camino que subía por las terrazas, cuando la luna danzaba en las tazas de las pilas, entre los arbustos de lluvia de oro y jazmín? Blanca y fragante era la primavera de lilas y aguas de plata, joven y llena de perfumes era, de verde de mayo y de suaves musgos».

«Eran dorados los días de verano y te esperé. Círculos lucientes de sol había sobre el verde del tapiz de seda. La flecha del cazador sobre el reloj, del querido reloj que guardo todavía, se cernía en la mano extendida, como la hora de mi ansia, todavía indeterminada, temblaba en la inmensidad de mi sentimiento. Ya claro trotar de caballo en el patio. Voces en la casa. Tú entras, esbelto y pálido, con un traje de terciopelo negro. Nos besamos delante de la consola. Se veía en el espejo, atrás de nosotros, una larga sala oscure-

cida, con los cuadros de mis antepasados, relucientes misteriosamente en la media luz».

«Tú», murmuró él, «en un caballo blanco, montando sobre el prado lleno de amarillo diente de león! Tú, clara como margaritas, y rosada como flores de almendros, vestida de blanco brocado. Blanco tu cabello empolvado delante del azul del cielo infinito. Blanco, como pequeñas nubes de verano, colgaba el penacho de tu cabellera, delante de la inmensidad, ¡dulce amada!».

De pronto Aristide dijo, con la voz gaseante: «Ahora podemos pasar al segundo acto y ver como Jeanne-Marie dejó este amado magnífico, por dejarse obligar de sus padres a casarse con el rico marqués. Era viejo, es cierto, pero la dejaba jugar sus juegos, sus juegos con nosotros».

«El Marqués», se rieron todos a socapa. Los monos rechinaban los dientes.

«Apartad todos», sonó una voz afectada y senil; «aquí estoy yo, su esposo». Un hombrequito viejo y arrugado, con enorme peluca, probaba solemnemente a abrirse paso.

«Usted está aquí absolutamente demás, ¡Marqués!»

«¡No, cuidado, no digais el título!», gimo-teaba Jeanne-Marie, «¿no oyen ustedes cómo el molin chilla por las calles?»

Y vió como las máscaras, con risa bulliosa, ataban al Marqués, que protestaba gravemente, y le echaban a una esquina.

Jeanne-Marie abrazaba con bravía angustia al amado de su juventud: «¿Me has perdonado?», murmuraba.

«Todo, todo; pero....», en sus ojos brillaba lentamente el espanto: «aquí se lleva a cabo más altamente, un juicio....».

Las olas de la gritería en el cuarto crecían.

Las máscaras tiraron violentamente de los vestidos de Jeanne-Marie; con uñas afiladas rozaron su cara.

«¡Danos tus ojos para los nuestros, Jeanne-Marie!»

Se arrancó a la fuerza de su amado, que no podía protegerla más, y corrió a ciegas por entre una de las columnatas. Las máscaras la persiguieron con una gritería siempre más alta.

¿Tenía, pues, su casa tantas piezas, por las que ella huía ahora? ¿Era este su jardín? ¡No se acordaba de los altos cipreses! Sobre un prado, verde por la luz de la luna, había una reunión, y ellos cantaban armoniosamente, acompañados de instrumentos de cuerda. Abigarrado y esbelto un arlequín se apoyaba contra la blanca estatua de una Diana. Cuando Jeanne-Marie y sus perseguidores pasaron corriendo, todos los cantantes fija y estrañamente les miraron.

Ahora pasaron un pepueño lago, detrás del que los arcos quebrados de una ruina artificial, entre rocas, se juntaban como por un bastidor.

Mujeres de blancos vestidos, se bañaban

o descansaban, en hermosos grupos, sobre las rocas. Como un velón, hondamente colgaba la luna. Caballeros reposaban en la orilla, mirando fijamente el cuadro encantador.

Por muchas piezas desconocidas de su casa corrió Jeanne-Marie; y ya con sus perseguidores, regresó a su salita; y cayó sin vida sobre el sofá. Pero las máscaras la hacían volver a la vida, con ayuda de un frasquito de perfume. Ella vió que su amado estaba atado junto al Marqués.

Aristide se paró delante de ella y le habló así: «Jeanne-Marie, hemos resuelto hacer de usted la diosa y el símbolo de nuestro tiempo que se deshace; ya está usted en los últimos alientos. ¡Guarde sus ojos! Queremos a usted misma para el sacrificio. Usted puede morir viendo. Los reproches que tenemos que hacer a usted, haremos a nuestro tiempo. Diosa Jeanne-Marie, tú has encendido nuestros corazones, pero te has sustraído y no nos has dado una misión, que podíamos cumplir ampliamente para ti. Tú has encendido las llamas de nuestro espíritu, pero todo quedó infecundo. Todo lo que era el futuro, ya era el tiempo nuevo, que crecía lozanamente entre nosotros, pero nosotros no hemos visto su poder forzoso y creador. Lo despreciábamos, porque hemos creído comprenderlo. Diosa de nuestro tiempo maldito, queremos sacrificarte, porque no has resistido delante de Dios. ¡Ahora vas a morir, diosa Jeanne-Mariel»

«Pero quiero morir».

«¡Tanto mejor!»

Aristide la tomó en sus brazos y la puso en un ataúd negro. Ondas de golas plisadas se hinchaban al rededor de su beldad; y rodeaban como nubes nocturnas sus cabellos empolvados. Su vestido se había convertido en una blanca mortaja. No se le puso flores en las manos, sino una mota para el polvo, que exhalaba un aroma embriagador, con un fino y largo mango de marfil.

Ya el cortejo entraba en las columnatas, solemne y quedamente. El primero, con dignidad, iba el Marqués, qué había sido liberado de sus ataduras. Llorando y sin auxilio, quedó atrás el anado, y se deshizo en niebla.

Los arbustos rieron una risa de satisfacción y desaparecieron.

Ahora se levantó súbitamente un fuerte y salvaje vocerío. El pueblo había subido de la calle a los salones de la Marquesa Jeanne-Marie. Videntemente, a través de sus ojos cerrados, comprendió lo que ocurría detrás de ella.

Hombres con caras secas y cabellos lisos y negros rompían los frágiles muebles dorados, los espejos y las porcelanas; una mujer fuerte, con la gorra roja ladeada sobre su cara afilada, traspasaba los tapetes de seda con un puñal ensangrentado; y, al fin, al papagayo favorito de Jeanne-Marie, hasta que la sangre humeante corrió sobre las alfombras.

«¡Con sangre nace todo!», se oía la voz del pequeño señor más viejo.

Las trompetas resonaron y los tambores batieron como a juicio: ¡la Marsellesa!

Más honda, más sombríamente, el cortejo se alejó en las columnatas. Seis pierrots con hachones eran los primeros; andaban inclinados adelante, con caras llorosas y cansadas. Seguían caballeros negros con el ataúd. El cuerpo de la Marquesa estaba puesto como una marioneta vacía, y tambaleábase blanca como una flor en el viento.

La cabeza estaba como doblada sobre la almohada. Al lado del ojo izquierdo había una peca.

El crespón de luto de los hachones flotaba lejanamente, como nubes, detrás de los que seguían aún con ramilletes y coronas de flores, y con caras cansadas e indiferentes.

Así andaban, a la luz de la luna, por el parque, fantásticamente, al lado de las paredes, rectamente recortadas, de los vallados, hasta el pabellón chino.

Todo sentía la Marquesa Jeanne-Marie, pero no podía moverse.

Ahora el cortejo entró en el pabellón. Todas las campanillas de plata tintinearón en los techos, situados el uno sobre el otro y curvados hacia arriba, y cada uno más pequeño que el de abajo. Una sonaba fina y clara, otra alta y ronca; y otras honda y plenamente.

Andaban al lado de paredes de porcelana, al subir las escaleras. En donde entraba un rayo de luz de la luna, lucían los azulejos de china: puentecitos curvados sobre espejos de agua; o góndolas con proas altas; y pequeños hombrecitos con trenzas largas, se veía por todas partes.

Subían más y más.

Una vez rodearon por una galería abierta, bajo las campanillas del techo, y subían más altamente, raramente alto en las tinieblas. Los hachones ya se habían apagado; solamente una vez la luna inmensa miró por una ventanita y desapareció.

Las nubes les seguían.

Jeanne-Marie fué acometida de vértigo. Las gradas retrocedían; ellos andaban dentro de nubes que extendían largos brazos hacia ella.

Quiso gritar.

Ahora ya clamaba una voz desde la noche, en la que no había una sola estrella:

«¡Echad en el abismo a la Marquesa Jeanne-Marie, la diosa del tiempo infecundo que nos ha robado nuestros ojos, por lo que ya no pudimos ver más!

Murmuraciones amenazantes fueron la respuesta. El ataúd vacilaba. Los ojos vacíos de todos los que estaban parados todavía en las nubes del rededor, se convirtieron en estrellas maliciosas, —cerca y grande el impertinente de Aristide—; los cuerpos se deshicieron en nubes, todo se disgregó; —vacilaba más el ataúd.—

Jeanne-Marie gritó en alta voz.
Y fué despenada en el abismo, en la noche, en la nada.
Y fué como si jamás hubiese sido.



INDICE

	<u>PAG.</u>
<i>Introducción</i>	5
<i>La Sonata del Ansia Eterna</i>	15
<i>La Fantasía del Corazón Robado</i>	49
<i>Amor de Dioses</i>	65
<i>Hermana en el Destino</i>	81
<i>Noche Melancólica</i>	101
<i>El Milagro</i>	109
<i>La Fantasía del Rococó Moribundo</i>	123